

BREVE SINFONÍA DE OTOÑO

EMILIO RODRÍGUEZ MIRANDA



BREVE SINFONÍA DE OTOÑO

Foto de la portada: Emilio Rodríguez Miranda

Beluso (Bueu), Otoño de 2013

BREVE SINFONÍA DE OTOÑO

Emilio Rodríguez Miranda

“Si nostre vie est moins qu’une journée

En l’éternel...”

(Joachim Du Bellay, 1522-1560)

PRÓLOGO

Tal vez los personajes de esta novela se hayan colado en la historia y, sin pretenderlo, hubiesen compartido el espacio y el tiempo con los Románticos del siglo XIX, especialmente con los poetas simbolistas franceses denominados “*malditos*”, mientras el autor escuchaba de fondo la envolvente música de *Schubert* y contemplaba el colorido, la luminosidad y sensualidad del cuadro “*Andrómeda*” del pintor *Eugène Delacroix*.

Charles Baudelaire dijo que “*hay tantas interpretaciones del Romanticismo como románticos*”, y no le faltaba razón; cada uno de ellos expresa en sus obras su peculiar forma de entender la vida, experimentan su estado de ánimo y son capaces de transmitirlo al espectador defendiendo en todo momento la libertad, tanto individual como colectiva, que en ocasiones transgredía la realidad estética y social del momento que les tocó vivir.

Pido perdón, en nombre de los personajes de esta novela y en el mío propio, a todos los Románticos por mi atrevimiento.

En la novela, como ocurre con la sinfonía nº 8 de *Schubert*, hay dos partes o “*momentos*” diferenciados, para que los lectores no se confundan, y que representan los «*recuerdos* y los *sueños*» del personaje principal.

BREVE SINFONÍA DE OTOÑO

~Sophie Dubois en sus sueños: lo que bien pudiera haber sucedido~

Cuando la Orquesta Filarmónica de Berlín se disponía a interpretar los primeros compases del segundo y último movimiento, “*andante con moto*”, de la sinfonía nº 8 en Si menor, D.759, del compositor vienés *Franz Schubert*, se escuchó un gran estruendo en el patio de butacas del Palacio de la Ópera, entre las filas séptima y novena.

Al principio hubo una gran confusión. Los músicos dejaron de tocar inmediatamente y, acto seguido, el público asustado, también los del primer, segundo y tercer anfiteatro, saltó literalmente de sus

cómodas butacas dirigiéndose en estampida hacia las puertas de salida. La majestuosa *grand escalier* con sus escaleras de mármol blancas, anchas, descansadas y espaciosas que descendían de los pisos superiores, lo suficientemente amplias para este tipo de eventos musicales en condiciones normales, se vio súbitamente inundada de una multitud de personas que, dispuestas a emprender la huida a toda costa, se habían empujado a codazos o de cualquier otro modo, unas a otras, apretujadas en el embudo de los vomitorios de salida, con escenas igualmente de pánico y de escasa, por no decir nula, caridad cristiana porque, si en un principio lo correcto hubiera sido una evacuación como mandan los cánones de la buena conducta; ordenada, pacífica, fijando las prioridades que para estos casos establece la lógica de la condición humana en cualquier escenario de riesgo y posterior salvamento, ya sea marítimo o terrestre, respetando primero a los más desprotegidos e indefensos, a saber, ancianos, mujeres y por último los que se podían valer por sí mismos, es decir, a todos los demás, dejando al margen las cuestiones sentimentales y las jurídicas de consanguinidad o afinidad, se produjo todo lo contrario, desafiando los buenos modales y las más elementales normas de evacuación en un estado de

extrema gravedad como se supone que se estaba produciendo en aquellos precisos momentos.

Los espectadores se miraban atónitos, cariacontecidos, la cara desencajada, atropellándose los unos a los otros, repartiendo manotazos a diestro y siniestro, buscando alguna salida en aquel atolladero. No había piedad ni compasión, ni tan siquiera para con los suyos; se pisaban mutuamente las caras, pies, muslos y manos, hasta de los más allegados, sin ninguna contemplación; madres, suegras, mayores y jóvenes: los binóculos por los suelos, y también algún que otro bisoñé que, si en la calle permanecía estático y discretamente adherido a la calva, en esta extraña circunstancia rodaba por la moqueta de la platea hecho un guiñapo.

El público no entendía nada de lo que estaba sucediendo, ni siquiera los porteros y acomodadores que aparecieron en el lugar de autos tarde y mal, esto último, dicho literalmente, obligados por las órdenes y ademanes desesperados del director del Palacio de la Ópera que casi sufre en esos momentos de enorme confusión un síncope, para que pusieran, si podían, un poco de orden entre aquella tropelía de gente sin control.

Los músicos de la orquesta, por no ser menos, también emprendieron la huida con lo puesto; los más afortunados, los de viento madera-metal y cuerda frotada, portando como podían sus instrumentos –flautas traveseras, clarinetes, oboes, trompetas, violas y violines–, excepto los trombones, los chelos y contrabajos, por razones obvias de peso y maniobrabilidad; y ya no digamos el triste y abatido percusionista con sus timbales. La peor parte se la llevó un instrumento que no venía a cuento, porque sencillamente no intervenía en la obra, pero que, para no andar moviéndolo, frecuente e innecesariamente, de un lado a otro por razones evidentes, estaba situado a buen recaudo al fondo del escenario, entre bambalinas, envuelto en una funda aterciopelada de fieltro para evitar tanto el polvo como los cambios de temperatura, y que había sido donado, en un gesto altruista sin precedentes, por el mismísimo Mariscal *Pétain*; era el máspreciado instrumento de cuerda percutida de toda Francia, un pianoforte Bösendorfer de ciento noventa centímetros de longitud traído desde Viena expresamente con motivo de la finalización de las obras de la última remodelación del noble y casi centenario edificio neobarroco del Palacio de la Ópera que, curiosamente, coincidía con el día del

estreno de esta pieza sinfónica tan hermosa como sorprendentemente breve de *Schubert*.

Franz Veermer, el director de la Orquesta Filarmónica, y al que se le suponía más aplomo y entereza, como el capitán de un buque, fue el primero en desaparecer de la escena, a secas, porque no se le podía catalogar, todavía, “la del crimen”. En cuanto escuchó el primer y único estrépito, que coincidió con el movimiento enérgico de la mano derecha hacia arriba marcando el compás en el momento preciso de la ejecución de la pieza musical, se deshizo de la batuta como quien lanza indolentemente un palo cualquiera al aire, sin sentimiento, permaneciendo suspendida el tiempo preciso hasta caer, por el efecto de la gravedad, donde se hallaba el primer violín, a tan sólo dos metros de la tarima de madera en la que dirigía y controlaba perfectamente, con visión gran angular, a los músicos. Aquel fino y corto palillo de abedul cayó definitivamente de punta, perforando la delgada caja de resonancia abovedada de abeto de este pequeño y delicado instrumento de cuerda frotada, ante el asombro y consiguiente enfado de su dueño. Pero nada se podía hacer ya; había que huir de aquel escenario como fuese, con o sin instrumento; lo de si

uno estaba enfadado o no era en esos momentos lo menos importante.

Pero si esto sucedía dentro de aquel templo de la música, de puertas afuera, en la calle poco iluminada por las restricciones energéticas propias del momento, la confusión, si cabe decirlo, era todavía mayor. Conductores atónitos y transeúntes pasmados se vieron, repentinamente, arrollados por una marea de personas, algunas portando entre sus brazos como podían sus más preciados instrumentos musicales –sin fundas, naturalmente–, y que salían a borbotones de aquel lugar emblemático de la ciudad.

Poco después, tal vez un poco tarde, todo hay que decirlo, se personó la policía, los gendarmes y dos pelotones de soldados alemanes quienes, con mejor o peor fortuna, intentaron, sin conseguirlo, hacerse cargo de la caótica situación. Entre la gente que intentaba salir a la desesperada de aquel templo de la música y los agentes de la autoridad y militares alemanes que intentaban entrar a toda costa, se produjo un choque tan brutal como si se tratase de dos fuerzas incontrolables e irresistibles de la naturaleza, como si las corrientes furibundas de dos ríos caudalosos coincidiesen súbitamente, haciendo

elevant el agua y la espuma, como un surtidor, hacia una altura inimaginable, para caer luego sobre las aguas enfurecidas. Eso es lo que sucedió realmente con algunas personas, músicos, gendarmes, soldados alemanes, e instrumentos musicales: saltaron por los aires como quien dice, entremezclándose escandalosamente los unos con los otros; de nuevo en el suelo, era difícil saber a ciencia cierta quién era quién y qué era qué.

Al mismo tiempo que la policía y los soldados, también tarde, acudieron las ambulancias para llevarse a los heridos, magullados, contusionados e infartados –que también los hubo–; y, por último, como siempre, llegaron las autoridades, con el alcalde a la cabeza, o en la cola, no se sabe muy bien donde, para hacerse cargo, políticamente se entiende, de la caótica y excepcional situación que estaba viviendo en primera persona, la ciudad.

Todo era una enorme confusión, preguntas sin respuesta, caras cariacontecidas como he dicho antes, y rostros serios y preocupados por lo sucedido allí aquella tarde noche fría y desapacible de finales de verano.

En principio se pensó en un atentado terrorista; otros, sin embargo, apuntaron la idea de un terremoto selectivo, como si se hubiera abierto un boquete a lo largo y ancho, exactamente, de la fila séptima y novena del patio de butacas. No se descartó, en principio, ninguna opción; todas las posibilidades estaban abiertas.

Eso sí, hubo que habilitar una planta entera de uno de los hospitales de la ciudad para que los heridos y contusionados fueran atendidos convenientemente por los servicios de traumatología de los esguinces y fracturas limpias de tibia o cúbito, y en algún caso más serio, de la rotura de cadera de algún que otro yayo; los infartados, a la unidad de coronarias correspondiente, por supuesto. No hubo ningún fallecido por asfixia o aplastamiento, milagrosamente que se supiese, salvo, amagos de infarto sufridos por algunos de los asistentes al espectáculo musical que sufrieron el impacto, físico y emocional, de los trágicos momentos vividos.

Por fin entraron los equipos de bomberos en el Palacio de la Ópera. Allí, en el patio de butacas, se encontraron con todo un escenario, pero de guerra esta vez; butacas destrozadas, zapatos –pares o

impares-, olvidados; pelucas, abrigos y alguna que otra dentadura postiza en los pasillos. En el escenario ocurría otro tanto de lo mismo: sillas, atriles y partituras por el suelo e instrumentos de madera hechos añicos; los menos afortunados, violas, chelos y contrabajos, llevándose, por razones obvias, la peor parte.

Cuando por fin se situaron los bomberos en el epicentro de los hechos, en la zona cero, en el mismísimo patio de butacas, observaron perplejos que los asientos –del 23 al 27–, de las filas séptima y novena centrales, inexplicable y misteriosamente, habían desaparecido, o dicho de otra forma, no había ni rastro de las aterciopeladas localidades, pero sí observaron, y también percibieron, un olor fuerte a chamusquina, penetrante, y que procedía de las profundidades de aquel agujero, donde, de paso, se advertía una enorme grieta horizontal de dos metros de ancho por cinco de largo; pero nada se sabía de la profundidad insondable de aquella sima, ni tampoco de su longitud y, peor aún, qué había sido de los desafortunados espectadores que habían caído y, consecuentemente, desaparecido por aquel precipicio cayendo al vacío, y en qué lugar exacto de

las entrañas de la tierra habían ido a parar sus cuerpos.

No dudando en ningún momento de la pericia y buena praxis practicada por el cuerpo de bomberos en primera instancia, acudieron al lugar de los fatídicos hechos el comisario y un capitán del pelotón de las fuerzas alemanas de ocupación, quienes se situaron al borde mismo del artificial y accidentado precipicio confirmando los hechos pero, al mismo tiempo, sospechando, con toda la razón del mundo, que aquella obra de ingeniería minera fuese practicada por un comando especializado para confundir, tanto a las autoridades locales como militares, ante una hipotética y más que probable evasión de algún o algunos miembros destacados de la Resistencia, dándose posteriormente a la fuga y huir del férreo control al que muy probablemente estaría sometida la ciudad durante varios días. No se podía permitir de ninguna de las maneras que miembros incontrolados de la Resistencia penetrasen en la zona libre y, desde allí eludir el control de las autoridades, embarcando en algunos de los puertos marítimos con rumbo desconocido. Había que neutralizarlos como fuera y no permitir que su hazaña trascendiese al resto de la población dando la

sensación de falta de control, alentando nuevas y eventuales revueltas. Era una cuestión de principios, autoridad y disciplina y, tanto en este como en los demás casos que se produjesen, había que adoptar medidas contundentes y ejemplarizantes. No quedaba otra.

[*Sophie Dubois en sus recuerdos: lo que verdaderamente sucedió*]

Aunque el reloj de pared marcaba las cuatro de la tarde, la luz del día se iba apagando poco a poco hasta convertir la ciudad en una postal de sombras alargadas, iluminada sólo por la tenue luz amarilla de las farolas y los luminosos de los pocos comercios y cafeterías que aún quedaban abiertos al público.

Los copos de nieve caían mansamente en la *Place De Youville*, en el casco antiguo de la ciudad Alta. Era finales de Septiembre y Sophie Dubois, a sus 88 años de edad, veía desde su pequeño apartamento, tras el cristal de su ventana, el lento y dificultoso caminar de las personas cruzando la calle, hundiendo sus botas en veinte centímetros de nieve. Era la primera nevada del año en *Quèbec*, aunque la neviza no tardaría en llegar. Al otro lado del río San Lorenzo, donde se estrecha su cauce, en la orilla derecha, apenas se distinguía la ciudad de *Lèvis*, con sus difusas luces diminutas y amarillas por culpa de la bruma fría y espesa que envolvía el ambiente,

dándole un aspecto mágico y misterioso. Los pocos barcos que cruzan el río de una orilla a otra, iluminados por las propias luces centelleantes reglamentarias, verdes y rojas, navegan despacio en la espesa niebla, dejando en el aire los ecos apagados e inconfundibles de su náutica pausada y cautelosa.

Apartó su vista de la ventana y después se encaminó despacio con sus cálidas y confortables zapatillas de piel a la pequeña cocina americana donde había dejado calentando al fuego minutos antes una cafetera y un poco de leche. El agradable aroma que desprendía aquel café arábigo recién hecho le trajo gratos recuerdos de la ciudad donde había nacido y vivido, París. Dispuso en una bandeja de alpaca reluciente y encima de un pequeño mantel de encaje blanco marfil una taza de café con leche, un poco de sacarina y, en un pequeño plato, un poco de queso con membrillo, su postre preferido.

Después, extrajo de su armario un viejo disco de vinilo de música clásica; tomó un libro de *Paul Verlaine*, musitando en voz baja el poema "*canción de otoño*"; se recostó en su confortable sillón estampado con orejeras y se dispuso a escuchar la agradable y melancólica melodía que salía por los altavoces de su viejo tocadiscos; y le vinieron

nuevamente a la memoria sus gratos, y al mismo tiempo tristes, recuerdos de su juventud en París en aquel verano de 1942, en la Francia ocupada.

Chanson d'automne

Les sanglots longs
Des violons
De l'automne
Blessent mon coeur
D'une langueur
Monotone.

Tout suffocant
Et blême, quand
Sonne l'heure,
Je me souviens
Des jours anciens
Et je pleure

Et je m'en vais
Au vent mauvais
Qui m'emporte
Deçà, delà,
Pareil à la
Feuille morte.

Los profundos sollozos de los violines del otoño, como dice el poema, representan el sonido misterioso y envolvente de los violines en el arranque del primer movimiento de la sinfonía nº 8 de Franz Schubert; hieren mi corazón de una languidez monótona; y cuando llega la hora, evoco aquellos tristes momentos y lloro; y me dejo llevar por el fuerte viento que me arrebató y transporta aquí y allá, como una hoja seca.

Ahora, desde la distancia y con la serenidad que dan los años, hago un breve repaso de mi vida, y no puedo por menos que dar las gracias, primero, y sin que esto que voy a decir a continuación pueda interpretarse ufanamente, a mí misma, porque he sobrevivido a una guerra, al dolor que significa desconocer el paradero de mis padres, sin noticias de ellos durante los largos e interminables días de cautiverio, el desarraigo que supone haber dejado mi ciudad y mi País obligada por las circunstancias y, finalmente, por haber perdido a Marcel en uno de los lances dolorosos e imprevisibles que nos depara a veces la vida cuando juntos albergábamos sinceras

esperanzas de un futuro en común al que creíamos tener derecho; y después, finalmente, quisiera dar las gracias a todos aquellos que me han ayudado a lo largo de estos años a sobrellevar esta pesada carga y que ahora, a modo de relato, vuelco sobre estas páginas, desgranando mis recuerdos.

A veces tengo la percepción equivocada del paso del tiempo. Es como si el reloj de la vida se detuviera o acelerase en un momento dado, adelantando las horas, los días y los años, interrumpiéndolos, retrasándolos o, sencillamente, entremezclando los hechos caprichosamente. A menudo me pregunto qué hubiese sido de mí y los míos si todo lo que me sucedió desde que fuimos detenidos en la *Place La Concorde* hubiera sido fruto de una ilusión, de un mal sueño, de una invención de mi mente enferma; como si nunca existiera una guerra tan devastadora como la sufrida en aquellos días, meses, años convulsos de la reciente historia europea; como si la cobardía de unos pocos y la valentía de otros fuese fruto simplemente de un juego macabro, sin sentido aparente.

Tengo con frecuencia lagunas de memoria y, a veces, dificultad para realizar un sencillo ejercicio de mnemotecnia, pero estoy dispuesta a afrontar con

ataraxia y valentía el reto que supone recordar aquellos tiempos en los que, confieso, viví momentos felices y desdichados a la vez; comprobé en mis propias carnes la miseria y la locura desmedida; el antisemitismo y la sed de venganza; la hipocresía de algunos de mis conciudadanos y el silencio doloroso de la mayoría. Pero también conocí el amor, la amistad desinteresada en los momentos más difíciles, al margen de creencias e ideologías, el cariño altruista de gente desconocida, y la bondad humana. Esto es la vida, la mía, la de algunos de nosotros, la de muchos, un gran teatro, la *Comedia Humana* como diría Honoré de Balzac, en el que los personajes interpretamos un guión muchas veces no deseado, pero que intentamos, con peor o mejor fortuna, con mayor o menor empeño, corregirlo o enmendarlo. Una mezcla, a menudo difusa, entre la realidad y la ficción, entre la vida o el sueño; el eterno conflicto entre el destino que obstinadamente nos persigue y nuestra propia libertad como personas.

Muchas veces no sabremos el final de la obra, o simplemente improvisamos el camino según nos vengán dadas las circunstancias. No creo en absoluto en la predestinación del alma, en la que el hombre,

vacío de contenido, está encerrado en una espiral insalvable; en la que las personas simplemente esperan un final sin posibilidad de redención, y que nos conduce sin remedio a un destino incierto. Creo, sencillamente, que estamos en este mundo con el único propósito de representar, solos o en compañía de otros, el mejor papel posible, pero sólo nosotros tenemos la capacidad de variar el guión en función de las circunstancias en que se desarrolla la trama. No es el desenlace final lo que importa, ni tan siquiera el argumento, sino nosotros mismos, los protagonistas principales de nuestra propia existencia.

(París, verano de 1942)

CAPÍTULO ①

Recuerdo aquella mañana del 15 de Julio de 1942. El cielo se presentaba prácticamente despejado, como era habitual en pleno verano en París; solamente alguna nube algodonada, dispersa y perezosa lo cruzaba de oeste a este. Abrí la ventana y penetró suave en la habitación una fresca y agradable fragancia a rosas, jazmines y geranios que inundaba la plaza *Saint Michelle*, y que procedía de la floristería situada en el bajo del edificio contiguo al de mis padres, con quienes yo vivía, en un modesto segundo piso de dos habitaciones.

No éramos más de setenta vecinos en aquel edificio distribuido en cuatro plantas. En cada rellano cuatro viviendas, todas pequeñas, a pesar que en alguna vivían, o malvivían, hasta siete personas, incluidos niños y ancianos. Hacía más de treinta años que se había construido, gracias al empeño de la cooperativa de maquinistas del metro de París de la *Compagnie du Chemin de Fer Métropolitain*, donde trabajaba mi padre, y antes que él mi abuelo. Todas

las personas que residíamos en ese edificio teníamos relación, de una forma u otra, con el mundo del ferrocarril, excepto un inquilino del tercero derecha que era gendarme de policía en el distrito del barrio y que se había mudado allí durante el pasado otoño. Era una persona moruga, un poco especial y reservada; lo tercero, por razones obvias, me imagino, porque ser policía, tiene que llevar implícita en la persona una actuación discreta, tanto en lo profesional como en lo personal, incluido el de su entorno familiar; además, en aquellos tiempos complicados de la ocupación no era fácil ni agradable para nadie, y menos para un policía de la gendarmería francesa ser objeto, a menudo, de miradas recelosas por parte de algunos vecinos por sus actuaciones cómplices en la ocupación, a los que tachaban de colaboracionistas con el gobierno del Tercer *Reich*. Lo de especial era porque, aunque amable y correcto, en general, con los vecinos, –algunos más que con otros, pero esto es normal en cualquier comunidad–, a veces se comportaba de un modo extraño, con una mirada desafiante, sobre todo con los más pequeños, como si les molestasen –él, aunque casado, no los tenía–; les clavaba la mirada encendida cuando se los tropezaba subiendo o bajando por las escaleras de madera y rehusaba

devolverles el saludo cuando aquellos, inocentemente, le llamaban por su nombre, dándole los buenos días; *monsieur* Dupont se llamaba.

Como cada día yo madrugaba, a las siete menos cuarto de la mañana, cuando el día empezaba a despuntar sus primeros rayos de sol y penetraban poco a poco desplegando su luz en las pequeñas estancias de la casa. Me gustaba almorzar sin prisa en la pequeña cocina, cerca de la ventana, contemplando la tranquilidad de la Plaza a esa hora temprana, mientras tomaba mi taza de café con leche con una tostada pequeña de pan con mantequilla y salía, después, disparada como siempre, por lo tarde que era, por la puerta para coger el metro a dos manzanas de donde vivía, en la parada *Catre Chat*. Mi destino, los lunes, miércoles y viernes, de 9 a 13 hs, ayudar a madame Pura en sus quehaceres domésticos, quien vivía en el distrito seis de la Capital, en plena plaza de *Fontainebleau*.

Esta afable mujer de 74 años estaba viuda desde hacía seis, y llegó a París, –según me contó un buen día de esos que a la gente se le da por abrir su corazón y mostrar sus sentimientos–, hace ya unos cuantos años procedente de España, de Galicia, en

particular, de la ciudad santa de Santiago de Compostela, para hacerse cargo del personal de servicio de la vivienda del agregado comercial de la embajada española. Su bonhomía inundaba aquella pequeña buhardilla sin ascensor que compartía sólo con su viejo perro, un pequeño *schnauzer* de 14 años de edad perruna, del que, si hacemos caso a ciertos bulos que nos cuentan algunos, habría que multiplicar por siete para aproximarse, en la medida que esto sea posible, a la edad humana, con lo que podríamos calificar definitivamente a este viejo y pacífico chucho de longevo centenario; y las dos macetas de geranios, uno con pétalos rosa palo y el otro blanco jaspeado con pintas azul claro, que adornaban con encanto el alféizar de la ventana. La señora Pura enviudó el mismo día que su jubilación. Cuando dejó de prestar los servicios para la embajada española y, conociendo las noticias que le llegaban de España, por boca de la única familia que le quedaba todavía –una sobrina por parte de su único hermano que de vez en cuando le escribía–, y también escuchando las noticias que le llegaban por la *volksempfänger*, su receptor de radio de válvulas alemán, acerca de la situación de penuria económica, y por qué no decirlo también, de hundimiento de moral, que estaba sufriendo el pueblo español en los

primeros años de la posguerra, después de finalizar hacía bien poco la cruenta Guerra Civil, no dudó en establecerse definitivamente, con su pequeña pensión que le quedaba, en París, ciudad que adoraba y consideraba su hogar.

Esos días me quedaba a comer con *madame* Pura y conversábamos largo y tendido de nuestras cosas; de lo mal que lo estábamos pasando en la vieja Europa después de estallar, hacía tres años ya, la segunda Guerra Mundial; de los problemas de racionamiento de comida que había en Francia y en París en particular, sobre todo desde el armisticio firmado por el Mariscal *Pétain* el 22 de junio de 1940 dándole el poder a la Alemania nazi de *Hitler*. Aquello sí que había representado un duro golpe, una humillación para todos los franceses y un acto de cobardía, también hay que decirlo, por parte de nuestros políticos y del ejército.

Nadie, excepto los pocos que frecuentaban los altos fogones de la política europea, se tomó en serio las verdaderas pretensiones de la Alemania nazi. Ni nuestro primer ministro, *M. Daladier*, ingenuo y porfiado, ni el de Inglaterra, *N. Chamberlain*, podían sospechar, o hicieron la vista gorda simplemente, el verdadero objetivo, alcanzado falazmente, que no era

otro que el de desplegar las tropas del imperio alemán por la vieja y debilitada Europa, como también por el Norte de África, extendiendo sus letales tentáculos venenosos y de terror; hasta que se conoció la cara oculta más cruel del Tercer *Reich* cuando en septiembre de 1939, las tropas alemanas invadieron Polonia con sus tanques.

Francia fue invadida poco tiempo después por las tropas de *Hitler*, el 13 de junio, y después de la firma del armisticio quedó dividida en dos: el norte, en París, donde yo me encontraba, y el oeste, fueron ocupados por las tropas alemanas; y el resto, tomando la línea divisoria de la ciudad de *Vichy*, quedó bajo el gobierno del mariscal *Pétain*, pasando a ser un títere, una simple marioneta a modo de estado colaboracionista del ejército invasor, aunque eufemísticamente se le denominó la Francia libre.

A sus 74 años, madame Pura aún conservaba aquella mirada cándida de antaño y su porte noble de buena persona, con una educación y modales exquisitos, fruto, tal vez, de su experiencia dilatada que le da a una el roce con personas que frecuentaban la casa del agregado comercial de la embajada española, “unos con más educación que

otros”; me decía a modo de comentario, que no de chismorreo.

Su marido, jardinero de profesión, hacía los pequeños e inevitables arreglos domésticos que suele llevar consigo una casa construida a principios del pasado siglo y, cuando era menester, hacía también las veces de chófer, llevando o trayendo al agregado comercial de la embajada y también acompañaba a su esposa cuando tenía que desplazarse por la ciudad, o llevar a los más pequeños al colegio.

Mientras tanto, madame Pura se encargaba de que la casa del agregado comercial, situada en la *Avenue Les Cloches* nº 5, estuviese siempre en perfecto estado de revista para atender, en las pequeñas recepciones, comidas o cenas que habitualmente solía celebrar en su casa, a los invitados más ilustres.

A pesar de su edad, muy bien llevada por cierto, madame Pura tenía dificultad para caminar, frágiles los huesos y artrosis en las manos en particular, fruto del inevitable y natural desgaste del tiempo. Por eso, un buen día puso en boca del tendero, al que habitualmente compraba, la noticia y también la imperiosa necesidad, de contratar a una

mademoiselle “bien parecida, limpia, de buenos modales, conversadora y menesterosa”, así se lo dijo textualmente a su tendero, para hacerle más llevadera las tareas cotidianas del hogar, y de paso, acompañarla en las horas vagarosas y solitarias del día.

Lo que más me gustaba era cuando, después de comer, me servía una taza de café, con esa pulcritud suya característica. En una bandeja de alpaca reluciente y encima de un mantel de encaje de color blanco marfil traía su porcelana más valiosa: pocillos, platos, cafetera y azucarero, y cucharillas pequeñas de plata. Había que usar a diario la vajilla, me decía, por muy valiosa que fuese, y que esta era consustancial con la propiedad en vida y no una reliquia a disfrutar sólo determinados días al año. *“Para eso ya habrá tiempo suficiente cuando la entierren a una con sus más preciados tesoros”* –así me lo decía de vez en cuando con esa ironía suya característica, propia también, al parecer, de los nacidos en su Galicia natal–. Acompañando al café siempre servía, en dos platos pequeños de postre, un poco de queso y membrillo para picar, costumbre esta que me sorprendió agradablemente al principio,

por lo no habitual, y que todavía conservo hoy a mis 88 años.

Por la tarde, esta vez andando porque me caía cerca, acudía, dentro de la misma plaza, al tercer piso sin ascensor del edificio nº 5, donde me esperaba *Junot*, un joven de 13 años de edad, al que le daba clases de gramática francesa durante una hora y sus treinta minutos reglamentarios, y de paso, le ayudaba a repasar también sus escasos y torpes conocimientos del idioma de *William Shakespeare*. Mi alumno era un niño obediente pero despistado, sin posibles en los estudios, más preocupado en salir pitando a jugar después de la hora y treinta minutos de clase convenidos con su madre, que de atender a las explicaciones que con tanto cariño y paciencia le daba, no porque fueran difíciles de entender, o eso creía yo, sino por la repetición, eso hay que reconocerlo, que representa aprender de memoria la gramática y lengua francesas, que en aquel entonces era lo exigido por las normas propias de la enseñanza de la época. Más de una, de dos y hasta perder la cuenta, que no el sentido, lo pillaba distraído, dejándose llevar por los pájaros que le rondaban por

su cabeza, apuntando siempre su mirada hacia la ventana de la habitación donde impartía la clase, como esperando a que sus camaradas de juego allá abajo en la calle le lanzasen una chinita que al tropezar en el cristal de la ventana sería, como las horas que marcaba el reloj de pared, la señal acordada e inequívoca de que tocaba ya la hora del recreo. Debido a que esta circunstancia se repetía, no una ni dos, ni tres, sino muchas veces a lo largo del mes y sin que se enterase su madre, le gratulaba y le daba mi bendición *urbi et orbe* permitiéndole salir antes de la hora reglamentaria. Él me lo agradecía antes de despedirnos con un inocente beso en la mejilla.

A las cinco y media de la tarde, generalmente quince minutos antes, cuando finalizaba mis clases particulares con el joven y despistado *Junot*, solía pasear sin prisas por la plaza de *Fontainebleau*, contemplando los pocos escaparates que aún quedaban abiertos. Después, me dirigía a la terraza de la cafetería; veía corretear, con envidia, a los pocos niños que jugaban bajo la atenta mirada de sus madres, pedía una reconfortante limonada fresca y, cerrando los ojos, me dejaba llevar, a menudo, por

los recuerdos de mi niñez, y también pensaba en *Marcel*.

La tranquila paz de aquellas tardes calurosas del mes de Julio era interrumpida, con frecuencia, por el desfile rutinario y marcial de algún pelotón que otro de soldados alemanes, que con sus lustrosas botas negras y hebillas plateadas relumbrantes marcaban el paso a golpes secos en la adoquinada plaza. Pero esa tarde, aquellos golpes secos lo fueron más y más numerosos, evidenciando que algo grave iba a suceder al día siguiente, en plena madrugada, como así tristemente ocurrió.

CAPÍTULO ②

Marcel Renard es, perdón, era mi novio en aquel tiempo –este lapsus es debido, ustedes comprenderán, a que a una, a esta edad, le pesan ya más los recuerdos que las ilusiones–, y aquellos en Paris, aunque tristes para mí, también han

representado una inolvidable y maravillosa experiencia, pero también peligrosa y trepidante. Como decía, *Marcel* fue un brillante y aventajado alumno de piano en el Conservatorio Superior de Música y Declamación de *Saint Denis*, uno de los tres que había por aquel entonces en París. Después, por motivos que ahora no vienen al caso, no consiguió una de las plazas que se convocaron para proveer el puesto de profesor adjunto de piano que había quedado vacante con motivo de la jubilación de su titular, y no tuvo más remedio que buscarse la vida como profesor particular, dando clases en su propia casa o en la de algunos de sus educandos que se postulaban para realizar el examen previo de ingreso, y también a los alumnos de primer y segundo curso del propio Conservatorio como profesor particular de refuerzo. Era tremendamente perfeccionista en su trabajo; su máxima aspiración era dejar algún día aquellas clases mal pagadas, tediosas en ocasiones, y repetitivas, la mayoría de las veces, y dedicarse por entero, como concertista, en cuerpo y con el alma, como le gustaba decir, a tocar el piano en un grupo de cámara o, tal vez, formar parte, como titular, de alguna orquesta filarmónica o sinfónica.

A la par que humilde y mal pagado profesor particular también era, a sus 28 años, un entusiasta lector de libros de poesía, en particular de los poetas franceses del siglo XIX: *Baudelaire* y los denominados “*poetas malditos*” como *Arthur Rimbaud*, pero admirador principalmente de *Paul Verlaine*; pasión por la poesía que me transmitió y contagié con los libros que periódicamente me facilitaba, y que aún hoy guardo como oro en paño.

Nos conocimos producto de una de esas casualidades que, a veces, depara la vida, que no el destino, porque, como ya he dicho al principio, las cosas suceden muchas veces porque sí, sin desearlo ni buscarlo, para mal o, en este caso, felizmente para bien.

Fue en el auditorio del propio Conservatorio Superior de Música y Declamación de *Saint Denis*, en una de las audiciones de fin de curso que había organizado el claustro de profesores. Me había invitado mi mejor amiga, *Cécile*, que vivía a dos manzanas de la casa de mis padres. Ella y yo éramos inseparables desde que, juntas, cursamos los estudios de primaria en *l'école élémentaire La Rochelle*. Su padre era, como el mío, maquinista del metro de París de la *Compagnie du Chemin de Fer*

Métropolitain, y, juntas también, íbamos cuando niñas a algún campamento que organizaba todos los veranos la asociación de maquinistas de la Compañía. Al concluir nuestros estudios de secundaria superior y con el título *baccalaureat* general en la mano tomamos caminos bien distintos; ella consiguió empleo como auxiliar en una de las bibliotecas públicas en el distrito siete de la ciudad, y yo, después de trabajar en precario en algunos trabajos que nunca serán dignos de ser incluidos en mi currículum vitae, comencé dando clases particulares de lengua francesa y de inglés, asignaturas en las que había destacado especialmente en mis estudios, ayudando de esta forma, también, a la empobrecida economía familiar que en aquellos tiempos de penuria económica, un suplemento de dinero extra, no venía nada mal.

En el auditorio se iba a interpretar el quinteto de cuerda y piano en La Mayor, op.114, conocido con el apelativo de “*la trucha*”, de *Franz Schubert* a cargo del grupo de cámara de la joven orquesta del propio Conservatorio. La música de cámara, según me explicó mi amiga *Cécile* antes de empezar la obra,

estaba inicialmente compuesta para ser ejecutada en lugares pequeños, en pequeñas cámaras o estancias, en lugares íntimos. *Schubert* la compuso con apenas 22 años, pero no fue publicada hasta 1829, un año después de la muerte del romántico compositor; en ella intervienen un piano, violín, viola, violonchelo y un contrabajo; y es una obra reconfortante, pausada, sencillamente encantadora, concluyó *Cécile* con entusiasmo una vez sentadas en las butacas del Auditorio, con el programa en la mano, y pocos minutos antes de comenzar el concierto.

Yo, he de reconocer, no me sentía, en principio, atraída por la música clásica, la consideraba un poco seria y aburrida; prefería escuchar otra clase de música, la verdad, como la de *Édith Piaf*, *Charles Trenet* o la transgresora y audaz *Josephine Baker* que actuaba en los cabarets *Folies-Bergère* más significativos de la ciudad; me encantaba escuchar por la radio el ritmo desenfadado y pegadizo de las americanas *the Andrews Sisters*, las hermanas de *Minneapolis* que animaron a las fuerzas aliadas y que se hicieron muy famosas haciendo vaudeville en sus espectáculos. Pero al comprobar el entusiasmo e interés de mi querida amiga no pude declinar la amable invitación y acepté de buen grado, aunque no

muy convencida. El concierto, lo reconozco, me produjo una agradable sensación de bienestar. Una vez finalizada la audición fuimos a una cafetería próxima para resguardarnos de la pertinaz lluvia, y de paso, a tomar unos cafés.

Ocupamos una de las mesas del fondo, compartiendo nuestros secretos y nos enfrascamos a hablar de nuestras cosas, cosas de mujeres, ustedes ya me entienden. De pie, en la barra, un joven con chaqueta de pana gastada y una bufanda corta que le envolvía el cuello (era el mes de noviembre), aspecto un poco desaliñado y despistado y cuerpo más bien enjuto, nos echaba una mirada, de vez en cuando, con sus preciosos, grandes y negros ojazos, más bien diría que no nos quitaba ojo de encima, pero disimulaba manoseando las páginas amarillas y gastadas de un periódico.

Hubo los inevitables cruces de miradas y, luego, en un gesto quizás un poco atrevido por su parte, cogió su taza de café de la barra y se acercó a nuestra mesa.

– “Veo que tenéis el programa del concierto, ¿os ha gustado?, el pianista fue alumno mío”; nos soltó con un tono solemne sin llegar a ser presuntuoso ni almibarado.

Después del inicial y nada original cruce de palabras nos invitó y, al mismo tiempo, preguntó si sería demasiado atrevimiento ocupar una de las sillas vacías, a nuestro lado.

De esta forma fue como *Marcel* y yo nos conocimos.

Bueno, ciertamente, dicho así, hasta puede parecer un poco frío y nada romántico, asépticamente, contar ahora cómo fue nuestro primer encuentro en aquella cafetería; pudiera hasta entenderse como si, fruto del azar, dos piezas mecánicas y aisladas encajasen sin más, una en la otra, surgiendo, de esta forma, una nueva figura. Nada más lejos de la realidad. Yo, al principio, en los primeros encuentros, estaba insegura, guardaba, lógicamente, mis reservas y tenía dudas razonables acerca de *Marcel*, porque como solía decir con frecuencia mi madre, que se imaginaba cualquier peligro donde no lo había, dándome el consejo a modo de advertencia: “no le des ningún pretexto, los hombres van a lo suyo, siempre piensan en los mismo, tú ya me entiendes”; para finalizar con esta frase: “ten cuidado, hija, quien te quiere, algún día también te puede hacer sufrir” –eso lo decía por mi padre, sosteniéndole, de reojo, la mirada unos

segundos, generalmente a la hora de la cena, no sé muy bien por qué– y a fuerza de repetirlo, una y otra vez, terminé dudando hasta de las verdaderas intenciones de que un hombre se fijase en una mujer sólo por su cara bonita, haciéndome ser precavida y desconfiada en exceso. Pero esto que acabo de decir, para cualquier madre y más en aquellos tiempos difíciles era lo más natural del mundo.

Después de aquel primer encuentro en la cafetería hubo otros. Solíamos vernos en la *Place de Fontenebleau*, a media tarde, cuando finalizaba de dar las clases particulares al joven y despistado *Junot*. Me acuerdo de cuando *Marcel* me besó por primera vez. Fue allí, en esa plaza, al abrigo de los soportales, cuando me rodeó con sus brazos y sentí el contacto de la vida, el corazón empezó a latirme desordenada y apresuradamente; un hormigueo agradable recorrió, desde los pies, todo mi cuerpo.

Como no podía conquistarme por la música clásica (ya le hice saber convenientemente acerca de mis gustos musicales) lo hacía con la conversación; nos pasábamos horas y horas hablando; era un buen conversador, sin duda. Y también por el cine, mi gran pasión y afición, cuando nuestra maltrecha economía nos lo permitía, claro está. Recuerdo con agrado las

sesiones vespertinas, en la penumbra de aquellas angostas salas de cine de sesión continua en el distrito siete, casi siempre en las últimas filas del patio de butacas, viendo películas de *Charles Chaplin: Tiempos modernos*, o la romántica y entrañable película americana protagonizada por *Clark Gable* y *Olivia de Havilland*, *Lo que el viento se llevó*. A veces me quedaba dormida, dejando caer mi cabeza sobre el hombro de *Marcel*, debido a los madrugones que me daba cuando iba a casa de *madame Pura*. La última película que vimos juntos, a finales del verano de 1942, recuerdo que fue una de corte dramático y romántica, a la vez, sobre la segunda guerra mundial, "*Joan of París*", que trata del amor, en aquellos tiempos complicados, que un joven oficial aviador (*Paul Lavallier*), abatido por los aviones alemanes de la RFA, le profesa a una joven parisina.

Después, al finalizar la función, *Marcel* me acompañaba hasta el portal de mi casa y se despedía de mí, las primeras veces, con un tímido beso. Pero sus labios, y también los míos, poco a poco se iban acercando hasta fundirnos definitivamente en unos interminables y apasionados besos. Más de una vez nos sorprendió la hija pequeña del vecino del tercero que, nada más empezar a subir los primeros

peldaños crujientes de la escalera de madera, siempre le daba un ataque de tos nerviosa, advirtiéndonos que alguien estaba a punto de entrar en el portal, que lo dejábamos convenientemente entornado. Era nuestra centinela particular. Fue a los cuatro meses escasos de conocernos, rotas definitivamente las primeras y lógicas reservas y una vez despejadas mis dudas razonables, y las de mi madre, cuando *Marcel* y yo nos prometimos.

CAPÍTULO ③

El cielo amaneció despejado en aquella fresca mañana del día 15 de julio de 1942, excepto alguna nube dispersa que otra; pero había algo en el ambiente que lo hacía distinto a los demás; una calma tensa, como esperando que algo grave sucediese, dramático, trágico, y que alteraría, sin duda alguna, la pacífica convivencia de los parisinos fraguada a lo largo de los años de paz transcurridos después de haberse firmado el *Tratado de Versalles* en 1919 que daba por finalizada, aunque no exenta de tensiones posteriores entre los contendientes, la

primera guerra mundial; cambiando la concepción de Francia como país moderno y comprometido con las libertades, como nación donde la pacífica armonía de las diferentes culturas, religiones y sensibilidades tenían cabida hasta entonces. La conspiración, la delación, la traición pasó a dominar el día a día en la ciudad, rasgando como una cuchilla de afeitar la frágil paz y convivencia ciudadanas. Los principios políticos de la Revolución de 1789: *“igualdad, libertad, fraternidad”*, habían desaparecido definitivamente de las conciencias de los hombres y mujeres.

La invasión alemana trajo consigo, no ya la guerra, con sus consecuencias más dramáticas de hambre, miseria y muerte, sino lo peor de la condición humana.

Personas, hombres y mujeres, que antes eran conocidos; amigos, compañeros en el trabajo, vecinos de barrio, hasta de puerta con puerta en el mismo edificio, pasaron a considerarse, a partir de entonces, sospechosos, cuando no autores materiales de haber cometido, a la luz de las nuevas autoridades militares de ocupación, y sin más pruebas que la mera e indiciaria sospecha, los delitos más horrendos.

“*Esto es culpa de la guerra*”, me decían algunos de mis vecinos; otros callaron por miedo, por cobardía, o miraron simplemente para otro lado. La justificación de lo injustificable: “para que uno pueda sobrevivir en este escenario de guerra, otros deben padecer los peores sufrimientos, o sencillamente morir”. La mezquindad humana y su patética visión de la supervivencia.

La cara oculta más cruel del nazismo se adueñó de los corazones: intolerancia, fanatismo, eliminación sistemática del diferente; la cosa ya venía de lejos, desde que en 1935 los alemanes dictaron y ejecutoriaron las *leyes de Núremberg* que anulaban los derechos de los judíos, incluido el de la propia nacionalidad alemana; después vendrían otras de peores consecuencias como la adoptada el 20 de enero de 1942 en la *conferencia de Wannsee* con la “*Solución Final del Problema Judío*” (*Endlösung der Judenfrage*) que inició una persecución sin precedentes, convirtiéndose en el mayor genocidio jamás conocido de la historia.

Los acontecimientos iniciados en la madrugada del día 16 de julio y los acaecidos durante todo el día siguiente confirmaron todas las

sospechas. Más de 12.000 judíos franceses, de cerca de 300.000 registrados por las autoridades en 1940, fueron expulsados a golpes, literalmente, de sus casas, en plena noche, con lo puesto; mujeres, ancianos y niños, familias enteras separadas definitivamente fueron llevadas, primero, al centro de detención más próximo para, luego, ser conducidos al *Vélodrome d'hiver*, y, finalmente, ir a parar, entre otros, al campo de concentración de *Auschwitz* en Polonia, de triste recuerdo para todos. Una etapa vergonzosa y dolorosa para todos los franceses. Pocos de nuestros conciudadanos judíos lograron regresar con vida una vez finalizada la Guerra.

La tarde del día 2 de agosto, después de las clases particulares, había quedado con *Marcel* en la *plaza La Concorde*, en el distrito 8ª, para dar un paseo por el *Jardín des Tuilleries*. Hacía un calor asfixiante acompañado de un viento del sur que contribuía a elevar, aún más, la sensación térmica, y que hacía adormecer a las pocas personas sentadas en los bancos, y también a los perros vagabundos

que buscaban la sombra desesperadamente bajo los soportales; las palomas, zureando con ese ruido monótono y peculiar, también aliviaban el sofocante calor como podían mojando su plumaje en el agua que salía a pequeños borbotones de la pequeña fuente, dando golpes secos y acompasados con sus alas.

El día anterior, *Marcel* me había comentado que tenía que pasar por la tienda de música para recoger unas partituras de piano de *Chopin* que había encargado.

En la plaza había pocas personas; sólo algunos niños correteaban sin temor al calor sofocante de la tarde, dándole patadas a un balón, sin porterías definidas, entremezclándose los aparentes equipos en un suelo adoquinado poco propicio, en principio, para la práctica del balompié; botando la pelota en el suelo irregular, tropezando, a menudo, con las piernas de los viandantes que paseaban y con los bancos de madera que estaban situados bajo la sombra de unos viejos álamos a ambos lados de la plaza.

En la plaza de *La Concorde* confluían algunas de las calles y avenidas más importantes de la ciudad: la *rue Rivoli*, la *Albert 1^o* y la avenida *des Champs-*

Elysees. Era un lugar de encuentro agradable y al mismo tiempo paso obligado cuando era temporada de música, danza y ópera, porque a menos de cien metros se encontraba el *Palacio de la Ópera*, un edificio neoclásico de principios del siglo XVIII, verdadero templo de las artes escénicas y de la música, donde las mejores orquestas sinfónicas y filarmónicas, no sólo francesas, sino de todo el viejo continente, interpretaban sus mejores piezas, y que se levantaba majestuoso en una pequeña loma al final de la *rue Rivoli*.

De repente se escucharon, a lo lejos, algunos gritos, como si de una manifestación se tratase y que provenían, al parecer, de la parte oeste de los soportales de la plaza, confundiendo al principio y envolviendo después a las pocas personas que nos encontrábamos en aquel lugar.

– ¿Qué ocurre, *Marcel*?

– No lo sé, veo algunas personas corriendo al fondo de la plaza, entrando por todas partes, como si alguien las persiguiesen; entran desde la *calle Albert I*, por la *avenida des Champs Elysees*, a trompicones,

chocando contra las mesas y sillas de las cafeterías. Gritan. Se escuchan algunos disparos.

– ¡No te separes de mí, *Sophie*, coge mi mano, vayamos corriendo lo más rápido posible hacia el centro de la plaza, donde la fuente!

Poco a poco aquel tropel descontrolado de personas lo inundó todo, prorrumpiendo en la pacífica plaza, dirigiéndose hacia el centro mismo donde estábamos nosotros; se detuvieron, como esperando una consigna, más tarde se escucharon las sirenas y bocinas de algunos coches de la gendarmería quienes entraron a toda velocidad, taponando las tres entradas que dan acceso a la plaza, envolviendo a los manifestantes, y consecuentemente a nosotros y, finalmente, nos encañonaron con sus armas reglamentarias.

Estábamos atrapados, en medio de los manifestantes y rodeados de policías, sin saber qué hacer, quietos, muertos de miedo e impotentes ante la extraordinaria, por novedosa, situación que se presentaba. *Marcel* y yo, uno frente al otro, insinuándonos con la mirada innumerables preguntas, con la sola respuesta cierta de vernos confinados, quién sabe si en un futuro no muy lejano, en cualquier centro de detención de la

gendarmería o algo peor, en el cuartel general nazi de las tropas alemanas en París. La mente es libre de pensar cualquier cosa en esos momentos.

Sin duda aquella fue la decisión más desafortunada que pudimos adoptar; quizás pudimos intentar escapar de aquel lugar, alcanzando una de las bocacalles de salida o refugiarnos en alguna de las cafeterías próximas que había en los soportales. Pero lo cierto es que el miedo, el peor enemigo de un raciocinio pausado, nos jugó una mala pasada e hicimos todo lo contrario; nos habíamos metido, sin querer, en la boca del lobo, dirigiéndonos, equivocadamente y a la desesperada hacia el centro mismo de la Plaza, el lugar donde finalmente nos detuvieron.

Al evocar esto, rememoro una escena que, cuando niña, sucedió en el río cercano a la casa de mis abuelos donde pasaba los calurosos veranos fuera del asfixiante calor parisino. En la zona de menos calado, mis amigas y yo, cada una en un lugar diferente, asustábamos a los alevines de truchas golpeando el agua con unos palos intentando desorientarlos dirigiéndolos a la orilla empedrada, pero al intentar cogerlos con las manos, no sé cómo lo conseguían, siempre acababan huyendo, burlando

la inocente trampa que les habíamos preparado. Evidentemente, *Marcel* y yo no fuimos las truchas inteligentes de mis recuerdos en aquel momento decisivo, cayendo en las redes de nuestros captores como verdaderos pardillos indefensos.

En estas situaciones complicadas que se pueden presentar en la vida, y a falta de manual escrito, una no sabe muy bien qué hacer y cómo comportarse: si dar un paso al frente y explicar que todo había sido un error, que simplemente pasábamos por allí, no de una forma premeditada sino casual y que nada teníamos que ver con aquellas personas que irrumpieron en la plaza haciéndonos sus prisioneros circunstanciales y que todo había sido fruto de un infortunio, más que de un accidente; o permanecer inmóviles, en medio, sin decir ni pio, intentando no levantar ninguna sospecha que hiciese pensar a los gendarmes que teníamos algo que ver con aquella concentración no autorizada de manifestantes.

Marcel y yo hicimos, siempre con la mirada, lo segundo, por precaución y sensatez. Consideramos que no era el momento, ni el lugar, para hacer experimentos sin asegurar antes el resultado, y optamos por permanecer quietos y en silencio entre

los manifestantes a la espera de que alguien (la gendarmería en este caso), nos formulara las preguntas pertinentes y, después de dar nuestra única versión cierta y coherente de los hechos, salir por fin del atolladero en que nos habíamos metido sin querer, desembarazarnos o despegarnos, si se quiere decir así, de nuestros compañeros circunstanciales de viaje y, con la misma, poner pies en polvorosa y alejarnos lo más rápidamente posible de aquel lugar.

No ocurrió nada de lo anterior. Los gendarmes, que para estos casos tienen la lección muy bien aprendida y el sentido del deber implícito en su código de conducta, no dijeron nada, sólo insinuaron con sus armas reglamentarias que no empeorásemos, aún más, las cosas, y que nos dirigiéramos, brazos en alto, como obedientes y disciplinados ciudadanos hacia la puerta de entrada de la *rue Rivoli*. Antes de llegar ya observamos dos camionetas estacionadas, donde presumiblemente deberíamos dirigirnos y montar uno a uno en la parte trasera, en los dos bancos situados en los extremos de aquella destartalada camioneta gris de hierro oxidado. Estábamos, no sé si legal pero *de facto*, detenidos.

Una vez dentro de las camionetas en las que nos introdujeron acompañados de nuestros compañeros circunstanciales y de cuatro gendarmes que no nos perdían ojo, subfusiles en ristre, nos condujeron por las sinuosas calles parisinas camino de la incertidumbre hacia un lugar desconocido.

Durante el trayecto me imaginé un montón de situaciones, todas negativas. Pensaba en mis padres a los cuales no volvería a ver durante algún tiempo; lo mismo pensarían *Marcel* y los demás, porque no nos dejaron intercambiar ni media palabra. Éramos como personas mudas sin serlo y todas las preguntas y respuestas nos las hacíamos con la mirada, como si un hechizo malévolo nos hubiese hurtado la capacidad del habla. Las miradas entrecruzadas, sin más, dan para mucho, eso lo comprobé durante nuestro trayecto en aquella camioneta que se dirigía a toda prisa por las calles adoquinadas de París. Ahora entiendo como una persona postrada en la cama, sin vida aparente, marchita como un vegetal inerte, puede expresar, con la simple mirada o con un sugerente cerrar y abrir de ojos, o con un pestañeo sutil, sus deseos y sentimientos más personales. Fue así como yo aprendí en menos de una hora, que fue lo que duró el trayecto, lo que pensaba y sentía cada

uno de los componentes que formábamos aquella insólita excursión forzosa.

Comprobé el sentimiento de angustia de la persona que sentó a mi derecha, un joven que no tendría más de veinte años. Su mirada perdida en ninguna parte, entrecruzando los dedos de las manos como implorando el perdón a sus verdugos; un sudor frío recorría su frente sin arrugas dejando caer alguna pequeña gota hacia sus pobladas cejas. Su ropa lo delataba: azacán o mozo de almacén tal vez, con una especie de mandilón gris raído de manga corta, roto algún botón que otro por el forcejeo y encontronazo con algún gendarme, anterior a nuestra detención en la *Plaza La Concorde*.

A mi izquierda, una mujer, *Michelle*, de la edad de mi madre, calculé a vuela pluma, por lo tanto no muy mayor, con aspecto frágil y mortecino, brazos delgados y cara huesuda, pintura de carmín encendido en los labios y raya exageradamente prolongada de color azulón en los ojos, hacía entrever que era una mujer de la vida a la que las circunstancias habían arrastrado a ese lugar sin saber cómo; vestía unos zapatos de tacón desproporcionados para su altura dándole un aspecto pintoresco, cómico; pero su mirada apagada

y las manos enfundadas en los bolsillos de su falda corta la hacían vulnerable.

Sin embargo, la persona que se situó frente a mí no tenía el aire de inocencia que se presuponía a un joven inexperto; era un hombre proceroso y cariparejo, tenía la cabeza erguida, la mirada acerada, altiva y desafiante, como arrostrándose, boina calada, ojos grandes y expresivos, barba de una semana por lo menos, y nos miraba uno a uno como queriendo decirnos algo o darnos alguna instrucción (eso era del todo imposible, debido a las circunstancias). Era el verdadero líder del grupo de detenidos.

La camioneta se dirigía al centro de detención de la gendarmería del distrito siete, donde finalmente nos condujeron.

En una celda separada me alojaron donde prostitutas, mujeres despechadas, pelafustanas, palquistas, delincuentes de poca monta, personas sin nombre ni apellidos conocidos, compartiendo el escaso espacio disponible y apenas sin ventilación exterior, únicamente iluminado por un ventanuco enrejado a más de dos metros de altura. El ambiente en esas circunstancias era verdaderamente asfixiante.

Separados y aislados, *Marcel* y yo pensábamos, creo, en lo mismo; en qué lío nos habíamos metido sin comerlo ni beberlo, por estar en un lugar y a una hora equivocada, y mascullando para nuestros adentros cómo íbamos a salir, no ya airosos, sino salir simplemente de esta sin ayuda.

El tiempo pasaba despacio entre aquellos barrotes y en compañía, mala o buena según se mire, de personas que se preguntaban lo mismo; algunos, también hay que decirlo, sabían perfectamente la causa de sus desgracias, pero, como nosotros, no tenían ni idea del destino que nos tenían preparados los gendarmes, excepto Daniel Aguado.

Decía, que el tiempo pasaba despacio, muy lentamente; las horas se consumían entre rostros difusos, desesperación, incertidumbre, temor; entre gritos de otros reclusos reclamando un poco de agua, implorando simplemente un poco de atención y favores imposibles de cumplir por los celosos carceleros.

Marcel compartió celda, entre otros, con *Daniel Aguado*, la persona que conocimos accidentalmente en aquella camioneta, y que fue apresado junto con nosotros, o tal vez habrá que decir, para más rigor de los hechos, que fuimos

nosotros quienes fuimos capturados en la plaza *la Concorde* por culpa, entre otros, de aquella persona de mirada altiva y desafiante. A partir de este momento nuestro destino, para bien o para mal, estaría ligado al suyo, a nuestro compañero de infortunio y después finalmente amigo, *Daniel Aguado*.

Fue en la celda, en el centro de detención de la gendarmería, donde *Marcel* conoció una pequeña parte de la verdadera historia de esta enigmática persona, hecha a sí misma, curtido en mil batallas, excombatiente republicano español y, por lo tanto, una de las miles de personas derrotadas en la cruenta guerra civil española.

Fueron largas horas de confidencias en las que *Daniel Aguado* se abrió por fin, aunque no las tenía todas consigo al principio, y le contó a *Marcel* el periplo vivido después de que las tropas del general *Franco* alcanzaron definitivamente la capital, rompiendo la férrea resistencia de los últimos defensores del bastión republicano en Madrid, ciudad sitiada y finalmente tomada a sangre y fuego por las tropas rebeldes, condenando definitivamente al ostracismo a hombres y mujeres que defendieron el ideal de libertad en aquella guerra fratricida.

Siendo todavía muy joven, *Daniel Aguado*, español de un pequeño pueblo de Galicia, igual que *madame Pura*, se enroló en las filas republicanas combatiendo, entre otros, en los frentes de Guadarrama, Teruel y Cataluña. Una vez confirmada la victoria franquista se exilió, como miles de compatriotas, en Francia cruzando, con enormes dificultades y penurias, la frontera de *Le Perthuis-Port Bou* con lo puesto. Confinado en un principio, como otros tantos compatriotas suyos, en un campo de internamiento al sur de Francia, fue devuelto de nuevo a España y hecho prisionero en la cárcel de Jaén donde compartió con sus infortunados compañeros de celda sus largos días de encierro, sufrimiento e incertidumbre. Conmutada la pena de muerte por la de libertad permanente vigilada que el tribunal militar le había impuesto, fue liberado y regresó a su pueblo. Pero allí las cosas no fueron nada fáciles para alguien estigmatizado de por vida a consecuencia de sus ideales; sus propios vecinos dilaceraron el poco honor que le quedaba, mostrándole el difícil y tortuoso camino del destierro. Más tarde, animado por otros compañeros de fatigas y camaradas cruzó de nuevo la frontera y logró llegar por fin a París. Después, los tristes acontecimientos vividos, con la invasión alemana el 13 de junio de

1940, lo condujeron, junto con otros excombatientes republicanos, a enrolarse en las filas de la Resistencia francesa.

Finalmente, nuestro proceroso amigo, Daniel Aguado, confesó a Marcel su verdadera personalidad. Era miembro de la Resistencia francesa, reconocido por sus compañeros como una de las personas más activas debido a su dilatada experiencia en el frente republicano español y, después con los maquis o también denominados guerrilleros antifascistas de la resistencia española; experto en particular, en táctica de guerrillas. Una vez finalizada la contienda española se unió a la Resistencia francesa formando parte de la Agrupación de Guerrilleros Españoles, realizando escaramuzas en las calles de París para mermar, en la medida de lo posible, la moral de las tropas alemanas de ocupación. Conocía las intenciones de los colaboracionistas franceses para entregar a los miembros de la Resistencia que fuesen capturados a las tropas alemanas y su destino previsible que no sería otro, como les ocurrió en aquellos días de julio a la comunidad judía hechos prisioneros, que los campos de concentración alemanes en Polonia.

Cuando Marcel escuchó por boca de Daniel Aguado todo aquello, no pudo por menos que preocuparse, pero en quien pensaba realmente era en mí cuando finalmente tuviera conocimiento de las verdaderas intenciones de nuestros carceleros.

Entre confidencias y tiempo muerto pasamos las largas horas de encierro. En aquel centro de detención nos encontrábamos personas que no teníamos nada que ver con la Resistencia, aunque, a decir verdad, nuestros corazones particulares participaban del fondo moral de sus actuaciones porque: ¿Qué compatriotas estaban conformes con la ocupación alemana y el régimen de terror que implantó Hitler en suelo francés?; solamente aquellos esbirros y secuaces colaboracionistas que, una vez finalizada la guerra, fueron condenados como se merecían y repudiados moralmente por la población, como le ocurrió al defenestrado mariscal *Pétain*.

Como ocurre a menudo, algunos se apuntan al caballo ganador amparándose bajo la sombra de los vencedores, satisfaciendo de esta forma vil sus deseos más falaces y garramando, en los casos más sangrantes, comercios, propiedades privadas y viviendas de todos aquellos, en su mayoría judíos,

que se vieron forzados un día a dejarlo todo con lo puesto, empujados a un destino incierto cuando no directamente a los campos de trabajos forzados o los campos de concentración y de exterminio en Polonia de donde, como la historia reveló más tarde, pocos compatriotas fueron los que volvieron con vida.

Llevábamos tres días encerrados en aquel centro de detención y, tal vez, la insalubridad de aquel lugar debido al hacinamiento, o la falta de sueño, o las escasas raciones de comida y agua que nos facilitaban, debilitó mi salud hasta tal punto que en la tarde noche del quinto día me empecé a encontrar francamente mal; sudores helados recorrían todo mi cuerpo con temblores constantes e irrefrenables por pies y manos, castañeando los dientes involuntariamente. Vomité por aquella boca todo lo medible e inimaginable, hasta la propia bilis, creo.

Michelle, la mujer de aspecto frágil que conocí en aquella camioneta, me protegía con su pequeño cuerpo, acercándose a sus senos semidesnudos para darme el poco calor que desprendían, me acariciaba la cara y me tapaba el cuerpo como podía con su corta chaqueta, consolándose y susurrándose al oído palabras de ánimo. Pero yo, en esos momentos,

me sentía como una endeble hoja herida y mustia que, desprendida del peciolo de la rama de un árbol y zarandeada por las rachas del fuerte viento del otoño, vagaba por el aire sin rumbo. Después de los sudores fríos empecé a tener fiebre, mucha fiebre; me ardía la frente y la cara de tal forma que mis compañeras circunstanciales de celda alertadas por el proceso febril, pero sobretodo por los temblores convulsivos que recorrían todo mi cuerpo, y sospechando que pudiera tratarse de una enfermedad infecto contagiosa de consecuencias imprevisibles, no para mí sino para el resto de reclusas, no tuvieron más remedio que llamar a los gendarmes del cuerpo de guardia que nos custodiaban. Caí enferma. Recuerdo que me sacaron de la celda, ante la mirada compasiva y asustada de las demás prisioneras, y hasta escuché a alguna decir en mi despedida:

¡Pobre, qué pálida está, no creo que pase de esta noche!

Finalmente mi vista se nubló y la poca luz que entraba por aquella tronera de la celda, poco a poco, se fue debilitando, como la llama de una vela que se va consumiendo hasta apagarse definitivamente.

Curiosamente en aquel estado de inconsciencia y también de alucinación febril mi mente era libre. Aunque inerte el cuerpo y aparentemente surta, miles de pensamientos y momentos agradables recorrían mi subconsciente repasando fugazmente mi corta existencia. Los momentos más felices de mi vida; mi infancia y juventud se agolpaban atropelladamente como queriendo salir a borbotones de aquel cuerpo inmóvil: los gratos recuerdos vividos en la campiña francesa donde pasaba los largos y cálidos veranos en casa de mis abuelos, jugando en la orilla del río con mis amigas; el agradable olor a hierba fresca que crecía en la ribera; el contacto de mis pies desnudos con el fango oscuro pisando las piedras redondeadas y suaves arrastradas por la corriente en aquellas aguas limpias y frías; y después, tendidas bajo la sombra de aquel viejo sauce de cuerpo retorcido, con la mirada perdida en el inmenso cielo azul, dando rienda suelta a nuestra imaginación observando y descifrando, cada una a su manera, las formas imposibles de las nubes algodonadas que se juntaban y deshacían, arrastradas suavemente por el cálido viento del sur.

J'ai rêvé de toi cette nuit:
Tu te pâmais en mille poses
Et roucoulais des tas de choses...

*Soñé contigo esta noche/ te desfallecías de mil
maneras/ Y murmurabas tantas cosas...*

Estos versos de *Paul Verlaine* me acompañaron y sonaron en mi interior una y otra vez como un cálido susurro en aquellas largas e interminables horas de ausencia. Recordaba los paseos a media tarde con *Marcel*, cogidos de la mano, besándonos al abrigo de los soportales en la *Place Saint Sulpice*, diciéndonos tantas cosas, amándonos apasionadamente una y otra vez. También recordé a mis padres a quienes la guerra truncó los pocos sueños de prosperar que aún tenían. También me acordé de madame Pura y su delicioso, por anecdótico, postre de queso con membrillo acompañando al café de sobremesa.

Se dice que una persona, ante la visita inesperada de la muerte, ve pasar fugazmente ante sí, como en fotogramas, buena parte de su vida, y yo no iba a ser menos.

~Sophie Dubois en sus sueños: lo que bien pudiera haber sucedido~

Aquella explosión la sentimos en nuestra celda con un sonido atronador, retumbando el piso y cayéndonos encima cascotes de piedra que provenían de las paredes y techo. El suelo se movió sacudido como en un terremoto y, luego, una nube de humo, primero blanca y después gris oscura, inundó los pasillos de la cárcel hasta penetrar finalmente por las gruesas rejas al interior de nuestra celda. Tuvimos que tapar nuestra cara inmediatamente, ojos y nariz incluidos por culpa de aquella humareda asfixiante. No se veía nada, ni siquiera a un palmo de nuestras narices. Todas gritábamos, tropezando unas con otras por huir de aquel lugar, para buscar una salida imposible, cualquier salida, llamando, suplicando que nos liberasen de aquella encerrona y de una muerte, por asfixia o pánico, segura. Sentimos y supusimos,

porque no pudimos verlo, como los gendarmes del cuerpo de guardia que nos custodiaban salían, subfusiles en mano, disparados hacia la salida donde se suponía procedía el origen de aquella detonación. Nosotras desde dentro, y me imagino los hombres también desde sus celdas, escuchamos después algunos disparos y voces que no eran precisamente las de nuestros carceleros.

Lo que sucedió finalmente fue que algunos miembros de la Resistencia, comando especializado, reventaron y eyectaron por medio de un coche bomba lleno de explosivos la puerta principal del centro de detención, afectando también a los muros, ventanas y algunos coches y motos de la policía que estaban estacionados en los alrededores. Miembros de la gendarmería que custodiaban la puerta principal habían saltado por los aires en mil pedazos por los efectos de la onda expansiva. Un socavón de diez metros de ancho por dos de profundidad, como si fuese la consecuencia de una falla en el terreno producida por un gran movimiento sísmico, se apreciaba en la calle empedrada próxima a la entrada, y un sinfín de piedras de granito, unas más grandes que otras, volaron por los aires afectando consecuente y aleatoriamente a algunos de los

gendarmes y también a los pocos viandantes inocentes que en esos momentos de mala suerte paseaban, como si tal cosa, por los alrededores de la cárcel. Estos últimos, me refiero a los daños, son los que se califican en una contienda, eufemísticamente, como daños colaterales, o dicho de otra forma, víctimas inocentes o, simplemente, desafortunados héroes anónimos de escasa trascendencia bélica y que nunca figurarán en los anales de las estadísticas de la guerra como contendientes o soldados de uno u otro bando, ni tampoco se les honrará como verdaderamente se merecen con medallas o condecoraciones a título póstumo, ni tan siquiera, pondrán algún día sus nombres y apellidos en los monumentos que para tal fin se levantan hoy día en las plazas más importantes de nuestras ciudades y que están dedicados al soldado, que no ciudadano de a pie, anónimo o desconocido.

La acción, aunque premeditada, fue rápida, hecha a conciencia por auténticos especialistas en reventar muros sólidos como eran aparentemente los del centro de internamiento, fruto de muchas horas de preparación silenciosa, con planos precisos del lugar y estudio meticuloso de las calles por donde debería circular, sin sospecha de ningún tipo, el

camión cargado de explosivos. Se hicieron cálculos matemáticos, precisos e imposibles de descifrar para que el camión estallase en el momento y el lugar deseado y no antes, durante el recorrido por las calles, evitando, en la medida de lo posible, cualquier fallo que pudiera dar al traste con el verdadero fin de aquella operación de guerra de guerrillas, que no era otro que sacar a todos los compañeros y camaradas, salvos, y a poder ser sanos, de aquel centro de internamiento. Es cierto que la ficción supera muchas veces a la realidad y que el resultado final, fruto de las casualidades de la vida y de algún fallo que otro que bien pudiera obedecer a un error involuntario en los planos de la cárcel suministrados, no fueron los deseados, porque hubo algunos camaradas y presos contusionados o heridos, pero ninguno de ellos alcanzó la categoría de bajas, como se suele denominar en la terminología bélica.

La nube de polvo suspendido que invadió súbitamente el interior de la cárcel poco a poco se fue disipando, como la niebla en el verano, y entonces pudimos observar verdaderamente las consecuencias reales de aquella enorme deflagración. Ni rastro de nuestros carceleros pero sí numerosos daños materiales: mobiliario destrozado,

sillas, cuadros, mesas, objetos personales esparcidos por el suelo, fruto de la estampida hacia la puerta buscando el origen de aquella explosión y en auxilio, como mandan las reales ordenanzas y la obediencia debida, de sus compañeros del cuerpo de guardia. Sin embargo, los barrotes todavía verticales y oxidados de nuestras celdas, permanecían, increíblemente en su sitio, la cerradura intacta, y, por lo tanto, seguíamos enjauladas, angustiadas y superadas por los acontecimientos, aguardando escuchar de una vez por todas alguna voz amiga o enemiga en último caso.

Por fin alguien, a grito pelado, preguntó con una voz alta y clara: ¡Daniel! ¡Daniel Aguado! ¿Dónde estás, camarada? Somos nosotros.

¡Aquí, aquí, a la derecha, daos prisa!, responde Daniel Aguado. Esto último tenía una lógica aplastante porque, una vez neutralizado el enemigo en primera instancia, los gendarmes, no tardaría en llegar, más pronto que tarde, el destacamento de soldados alemanes que estaba ubicado en el cuartel de las tropas nazis a quince minutos de donde nos encontrábamos; y eso sería otra cosa bien distinta, de consecuencias imprevisibles, porque por experiencia de la Resistencia, aquellos no se andaban

con chiquitas ni con tantas contemplaciones, y ni sus métodos ni su armamento eran comparables con los de la gendarmería francesa. Había que darse prisa, mucha prisa en sacar a los compañeros y camaradas de aquel lugar que se veía en poco tiempo atiborrado de enemigos, de tropas alemanas para ser más exactos.

Dos personas con pañuelos en la cara, debido al humo provocado por la explosión, no por otra cosa, se adentraron hasta donde estábamos; rompieron las cerraduras de la celda a golpe de culata de fusil y de dos disparos certeros de revólver. Nos sacaron de aquel lugar en volandas algunos, otros, los más ágiles, salieron por sus propias piernas en cuanto se vieron libres de los barrotes y emprendieron, aunque visiblemente mareados, la huida por las calles próximas a la prisión confundiéndose finalmente entre transeúntes y los pocos automóviles, motos y bicicletas que circulaban por el lugar en aquellos momentos.

Una tercera persona, la que había preguntado alto y claro por el camarada Daniel Aguado, una vez localizada la celda donde estaba retenido, se apresuró a decirle: ¡Vamos hombre, que no tenemos todo el día! Daniel, entendiendo el mensaje pero

aturdido todavía por las circunstancias, se dispuso presto a acompañar al camarada; pero, entonces se detuvo, dirigió su mirada a Marcel diciéndole: ¡amigo, démonos prisa, salgamos corriendo de aquí, pronto llegarán los alemanes! Marcel se acordó inmediatamente, como no podía ser de otra forma, de mí y me buscó desesperadamente entre aquella multitud de presos que salían escopetados de sus celdas: me encontró en el suelo, aturdida, había tropezado y caído, empujada y zarandeada involuntariamente por mis compañeras circunstanciales; me encontraba “in albis” y desorientada. ¡Por fin te encuentro!, me dijo Marcel cuando me vio en el suelo, desvalida.

El motivo por el que Daniel Aguado, antes incluso que a sí mismo, en un gesto solidario que le honra, se acordó de Marcel lo supe más tarde, en el piso franco donde permanecimos escondidos durante algunos días.

Marcel, a la carrera, me presentó a Daniel Aguado, aunque ya sé que no era ni el momento ni el lugar debido a las circunstancias: Te presento a mi novia, se llama *Sophie Dubois*.

¡Vale, quedamos presentados, pero hay que darse prisa, insisto, y ¡pies para qué os quiero! salgamos corriendo, seguidme!

Se escuchaban a lo lejos las sirenas de los coches de la gendarmería, aproximándose; y detrás de ellos, nos imaginamos, los del destacamento próximo de soldados del cuartel de las tropas alemanas. Doblamos la esquina del centro de detención siguiendo a la tercera persona que había penetrado en las entrañas de la prisión para socorrer, en primera instancia al camarada Daniel, y, después a nosotros; no sé cuántas calles recorrimos; nos deteníamos, volvíamos a caminar, retrocedíamos sobre nuestros propios pasos, amparados bajo el voladizo de algunos edificios, cruzamos algunas de las plazas del distrito siete; nuestra respiración entrecortada, ventilando como podíamos los pulmones; sístoles y diástoles imposibles, palpitando al límite nuestro ritmo cardíaco; las piernas, sencillamente, no las sentíamos, apresurando el paso, corriendo con zancadas inverosímiles como las de una inocente y ágil gacela perseguida por un hambriento y desesperado depredador, impropias de un ser humano. En esta frenética huida no nos cruzábamos ni media palabra, aunque quisiéramos

no podíamos hacerlo; nuestra mirada asustada y con múltiples interrogantes era en aquellos momentos el fiel reflejo del alma; nuestras fuerzas, las pocas fuerzas que nos quedaban, ya en la reserva, las empleábamos única y exclusivamente en pensar cómo escapar y no ser detenidos, nada más y nada menos, que ya era bastante; en salvarnos y ponernos lo más pronto posible en un lugar seguro, a buen recaudo, si es que había alguno en aquella ciudad, vigilada, plagada de confidentes y ojos delatores que desconfiaban de todo y de todos, de trampas imprevisibles y en estado de sitio permanente por decisión de las fuerzas de ocupación alemanas.

Llevábamos más de cuatro horas corriendo, deteniéndonos, fatigados hasta la extenuación, hasta que el tercer hombre, nuestro guía, la persona que conducía aquella frenética huida y que nos sacó de la cárcel, confirmó a Daniel Aguado: ¡Es aquí, en el segundo piso izquierda! Habíamos llegado al piso franco, uno de tantos de los que disponía la Resistencia en la ciudad.

Normalmente este tipo de pisos o habitáculos donde se esconden algunas personas que pretenden pasar desapercibidas y no ser vistas durante algún tiempo están en las afueras de las ciudades, en los

barrios periféricos más apartados, aislados de núcleos de personas y comercios, o eso creía yo. Pues no, este piso franco, estratégicamente situado, estaba en el corazón mismo de la ciudad, a menos de doscientos metros del *Palacio de la Ópera*, en la calle *La Madeleine*. Desde la ventana se podía ver perfectamente aquel templo de la música que conocía muy bien Marcel porque era el lugar donde las grandes orquestas nacionales o europeas, sinfónicas y filarmónicas, actuaban cuando venían de gira a la Capital.

Aquel piso segundo izquierda estaba en un edificio de cinco alturas, en cada rellano dos únicas viviendas, no puerta con puerta, sino separadas por un pasillo de cinco metros de longitud, espacioso, aunque no muy bien iluminado. Lo que más me sorprendió fue ver en la puerta de entrada, justo encima de la mirilla, un letrero con letras doradas que decía: "*Monsieur Fignon Legrain, médecin*". Naturalmente era la vivienda de un honorable médico, lo cual significaba que nadie podía sospechar, en principio, que aquel piso fuese una tapadera para esconder a elementos subversivos de la Resistencia; pero efectivamente era la de un doctor en medicina, un señor libre de toda culpa y, por lo

tanto, no sospechoso de verse mezclado en asuntos políticamente incorrectos o turbios de ninguna clase. Además, su apellido, *Legrain*, no tenía en principio ninguna connotación hebrea, por lo que estábamos, de momento, a salvo de cualquier eventual sospecha, tanto de las autoridades civiles como militares.

Llegamos reventados, cansados, desfallecidos y muertos de sed. Lo primero que hice fue ir a la cocina y beber un gran vaso de agua que fluía libre por aquel grifo de estaño. Mientras tanto, *Daniel Aguado* y *Marcel* escudriñaron el interior abriendo e inspeccionando las dos únicas habitaciones de una cama cada una, cuarto de aseo estrecho, salita y cocina pequeñas. El tercer hombre, nuestro guía, permanecía arrimado a la puerta de entrada, vigilando por la mirilla por si hubiese algún movimiento extraño fuera, en el rellano. En principio todo estaba en orden, ningún ruido más allá del habitual a esas horas de la tarde, posiblemente el de algún vecino de los pisos superiores que bajaba despacio por las escaleras de madera. Todo controlado, dijo.

Después se dirigió a Daniel Aguado diciéndole: Os dejo aquí, a salvo, con comida suficiente para unos cuantos días; la cosa, fuera en la calle, parece

que está tranquila, pero no hay que tentar al diablo; este piso es seguro, pero puede dejar de serlo en cualquier momento, volveré en un par de días.

Ya en la puerta, a punto de coger el pomo con la mano izquierda, se acercó, agarró con la otra el hombro derecho de Daniel Aguado y le susurró al oído:

–Ya me explicarás cómo hacemos para deshacernos de tus dos amigos, tú bien sabes que no deberían haber venido, ha sido una imprudente decisión.

Marcel y yo, aunque no pudimos escuchar muy bien lo que decían, sabíamos que aquel piso franco de la Resistencia era un eventual escondite pero nada más, sin la seguridad de un lugar definitivo, y nuestra presencia podía representar, no ya un problema, sino una verdadera dificultad añadida para los planes de nuestros amigos circunstanciales en un futuro inmediato. Por otra parte, estábamos fichados por la gendarmería. Nos consideraban, por lo tanto, subversivos y miembros activos de la Resistencia. Nos asaltaron enormes dudas durante los pocos días en que permanecimos ocultos y, como siempre, adoptamos la decisión, lógica por otra parte, de permanecer allí, a la espera

de acontecimientos y deseando que las agitadas aguas se calmasen y volviesen a su cauce natural. Salir de aquel escondrijo a pecho descubierto, entregarnos a las autoridades y explicarles nuestra situación de detención irregular y arbitraria podía suponer, muy probablemente, que no nos creyesen y que nos condujesen de nuevo al centro de detención más próximo o, peor aún, entregarnos directamente a las fuerzas alemanas de ocupación quien, sin duda ninguna, nos deportarían fuera del país, posiblemente a Polonia y nos dejarían a merced del destino incierto que nos aguardaba, en algún campo de concentración para realizar trabajos forzados, o de exterminio en último lugar, como le sucedió a muchos judíos franceses en aquellos fatídicos días de julio y, por lo tanto, no volveríamos a ver jamás a nuestras familias y amigos. La decisión estaba tomada. Permanecimos encerrados en aquel piso, junto con Daniel Aguado, durante unos cuantos días.

Aunque con el lógico temor metido en el cuerpo por nuestro futuro, aquellos fueron días propicios para la reflexión y llenos de francas y emotivas confidencias.

Yo desconocía hasta qué punto estaba implicado Daniel Aguado en el movimiento de la

Resistencia; fue él mismo quien nos lo contó (antes ya se lo había anticipado y manifestado a Marcel en la misma celda que compartió en el centro de detención), porque consideraba que así debía ser ya que estábamos unidos, no sé si para siempre, pero sí en principio para una larga temporada por este inesperado y accidentado lance del destino. No podía haber dudas acerca de las intenciones de nuestro amigo, porque la sospecha, si es infundada, es la peor de las compañeras de viaje. Permanecimos juntos, no sólo en este piso franco, sino durante mucho más tiempo, como después contaré.

Daniel Aguado nos relató con todo lujo de detalles cómo perdió a su madre y a su hermano pequeño. Durante la guerra, en el pueblo, sufrieron la incomprensión de sus paisanos a causa de las ideas políticas de su tío paterno, el maestro del pueblo, que había sido acusado de inculcar a los más pequeños los ideales del laicismo. Poco tiempo después fue fusilado frente al muro del cementerio por sus ideas republicanas. Habían emigrado a Madrid escapando del hambre y de la miseria. Fue durante un bombardeo de la aviación italiana; la madre y su joven hermano se dirigían, junto con una prima suya, a uno de los refugios antiaéreos que

había en la capital, cuando le sorprendió una ráfaga de ametralladora seguida de un “bombardeo selectivo” como le gustaba calificarlo a las tropas rebeldes, aunque de selectivo tenía bien poco como después se pudo comprobar; no pudieron alcanzar a tiempo el refugio y perdieron la vida en plena calle junto a otras muchas personas inocentes. La madre de Daniel Aguado había muerto joven, demasiado joven, al igual que su hermano pequeño que había cumplido recientemente tan solo dieciséis primaveras.

Ciertamente una historia bien triste y cargada de dolor, de incompreensión y de nostalgia. Nuestro compañero, Daniel Aguado, era un hombre hecho a sí mismo, tal vez provocativo y altivo, al que las circunstancias condujeron a ser como era; despreciando muchas veces su propia vida; una persona que no se paraba a pensar dos veces las consecuencias de sus propios actos ni las dificultades con las que se tropezaría para defender los ideales de libertad; ayudaba a todo aquél que lo necesitara y se encontrase en una situación comprometida y de desprotección; rechazando los valores y el proceder de un régimen que al final fue el que alcanzó la victoria, y que sumió a su país en un penoso e

interminable ostracismo político. Era un idealista y mejor persona nuestro amigo Daniel.

Las horas iban pasando sin tener noticias de nuestro enlace en el exterior. Para que no nos cogiera por sorpresa, Daniel Aguado nos insinuó que muy probablemente la Resistencia estaba preparando nuestra fuga de la ciudad, porque una vez fichados sería muy difícil permanecer en aquel lugar mucho más tiempo sin levantar sospecha, aunque cambiáramos de piso franco. Nadie estaba seguro y tanto la gendarmería como las tropas alemanas intentarían, por todos los medios, localizarnos y hacernos prisioneros.

Fue a media tarde del cuarto día cuando, por fin, llegó el enlace de la Resistencia con noticias del exterior y con una propuesta de evacuación para sacarnos, primero del piso y después de París, con rumbo a la Francia libre, muy probablemente a algún puerto marítimo del oeste, tal vez Marsella, y desde ahí poner rumbo a alguna de las colonias francesas de Argelia o Marruecos donde sería más difícil localizarnos y, por lo tanto, dispondríamos de más libertad de movimientos.

Las provisiones poco a poco se agotaban pero sería muy aventurado, por arriesgado, salir a la calle a

pecho descubierto en esas circunstancias. Había que emprender la huída de ese piso como fuera y a la mayor brevedad posible. No había tiempo que perder.

Estábamos Marcel y yo en la cocina tomándonos una taza de café cuando no pudimos evitar escuchar entrecortadamente, porque procuraron, en la medida que eso era posible, hablar bajito, casi susurrando al oído, la conversación que mantuvieron Daniel Aguado y nuestro enlace. No me acuerdo en este momento de todo, pero sí de algo que me sorprendió por extrañas que sonaron en mis oídos aquellas palabras casi imperceptiblemente pronunciadas y con un cierto tono frívolo, dadas las circunstancias. El enlace le comentó a Daniel Aguado que íbamos a asistir a un concierto de música clásica en el Palacio de la Ópera, sin añadir nada más. Daniel Aguado asintió, pero antes de despedirse le dijo: ¡Mis dos amigos vienen conmigo, no admito un no por respuesta, díselo a los demás camaradas!

Marcel y yo nos quedamos perplejos, mirándonos el uno al otro, sorprendidos por aquel diálogo furtivo que captamos al vuelo. No podíamos dar crédito al contenido de la conversación que habíamos escuchado. Convenimos que cuando se

hubiese ido el enlace hablaríamos muy seriamente con Daniel Aguado para plantearle sin tapujos ni rodeos estas y otras cuestiones; queríamos preguntarle un montón de cosas más, tanto del contenido de la conversación que acabábamos de escuchar entrecortadamente, como de todo lo concerniente a nuestro futuro. ¿Qué tendría que ver nuestra eventual huída con la asistencia, cuando menos misteriosa, aunque inicialmente placentera, a un concierto de música clásica, y nada más y nada menos que en el lugar musical más emblemático de la ciudad, en el Palacio de la Ópera? Por supuesto, el más curioso de todos, musicalmente hablando se entiende, era Marcel, por razones obvias. Se preguntaba a qué concierto se refería exactamente, quién era la orquesta, cómo se llamaba el director, si había algún solista de renombre y fama internacional y, lo más importante, de qué compositor de música clásica estamos hablando.

Como era de esperar, Daniel Aguado no nos anticipó gran cosa. No quiso adelantar nada de lo que iba suceder en el Palacio de la Ópera, tan sólo dejó caer, como si tal cosa, que estaban todas las localidades agotadas desde hacía semanas debido, tanto a la presencia de las más altas autoridades de

la nación como al prestigio internacional de la formación musical de la Filarmónica de Berlín con sus experimentados solistas y su más que cuidada programación musical. Por lo tanto, al concierto iban a asistir muchas personalidades, tanto del gobierno como de las autoridades militares de ocupación alemanas, además de numerosísimo público e invitados del más alto rango diplomático con presencia en la capital: embajadores, cónsules y agregados comerciales acompañados de sus respectivas e ilustres señoras. Iba a ser un concierto inolvidable y muy sonado, que pasaría a la historia, sin duda, dijo Daniel Aguado, esto último lo dijo con cierta sorna, con mucha ironía como acostumbraba a hablar de vez en cuando debido, como madame Pura, a su condición de natural de Galicia. Ciertamente era un hombre muy especial y singular. El concierto comenzaría a las nueve de la noche y había que ser muy puntuales, extremadamente puntuales.

El enlace, al mismo tiempo que llegó con la noticia del concierto, nos hizo entrega de un chaqué, corbata y camisa blanca para los hombres y un vestido azul añil para mí, no de mi estilo, tal vez un poco frío y apagado, que en principio me quedaba un

poco largo pero que, sin duda, era lo más apropiado para el evento musical que pronto íbamos a presenciar. Con el vestido, haciendo juego, una rebeca de punto corta para abrigarme la espalda porque, aunque era verano, por las noches en París descendía la temperatura hasta tal punto que resultaba imprescindible llevar una prenda ligera de abrigo. El concierto empezaba a las nueve de la noche, pero había que estar en la puerta de entrada media hora antes del inicio de la función. Nos recogería un coche negro en la calle, aunque podíamos ir perfectamente caminando debido a la corta distancia que nos separaba del Palacio de la Ópera, pero por precaución había que hacerlo de ese modo y no a pie; así fueron las incontestables e inamovibles instrucciones. Había mucho ambiente en los alrededores, hombres y mujeres elegantemente vestidos para la ocasión, coches oficiales de las autoridades y, discretamente situados en las bocacalles cercanas, algunos coches de la gendarmería.

Una vez traspasada la puerta principal nos hicieron entrega del programa del concierto. Marcel observó con agradable sorpresa que íbamos a presenciar y escuchar una de sus obras preferidas, la

sinfonía nº 8 en Si menor, D.759 de Franz Schubert, también llamada "*la inacabada*", interpretada por la prestigiosa Orquesta Filarmónica de Berlín, bajo la batuta del insigne director de orquesta Franz Veermer. No se lo podía creer.

Daniel Aguado mostró las entradas al acomodador, quien muy amablemente nos situó en la platea, exactamente en los asientos –del 23 al 27–, de las filas séptima y novena centrales (Daniel Aguado detrás de Marcel controlando la situación), pues era el único que sabía, a ciencia cierta, lo que iba a suceder luego.

Poco a poco se fue llenando el Palacio de la Ópera. Antes de que empezasen a sonar los primeros acordes, Marcel me comentó el simbolismo de esta hermosa pero breve obra sinfónica del desafortunado y humilde profesor de música, Franz Schubert, que es considerada por muchos su obra maestra. Fue escrita en 1822 pero no se estrenó hasta 1865, treinta y cinco años después de la muerte prematura del compositor con tan sólo treinta y un años, en 1828. Algunos estudiosos, continuó explicándome Marcel, decían que no pudo completar los dos últimos movimientos porque le

fallaron las fuerzas y la inspiración; otros manifestaron todo lo contrario, simplemente que cuando finalizó la composición del segundo movimiento, "*andante con moto*" (todavía le faltaban el "*scherzo*" y el final), la dio por concluida, dándole de este modo un aire de imperfecta perfección, algo sublime, una espontaneidad emotiva que, con un dominio absoluto de la melodía y la facilidad que tenía para la modulación, con el cambio de tonalidades de mayor a menor, trascendía la clásica y académica división de las demás obras sinfónicas de sus contemporáneos, concibiéndola como una sinfonía cargada de misterio, enigmática; una armonía de sonidos que hace soñar a través de los sentidos, concluyó finalmente Marcel. En aquella época el compositor Vienés se encontraba invadido de una angustia y perpetua melancolía y, según decían sus más allegados, esta sinfonía número 8 (la conocida como inacabada o inconclusa), era el espejo de su propia alma dolorida.

Arranca la obra con el primer movimiento, "*allegro moderato*" en si menor y compás 3/4. Suena de fondo, *pianissimo*, la melodía de violoncelos y contrabajos seguido, a continuación, de un murmullo misterioso, como las hojas mustias de los árboles en

otoño cuando son azoradas por el viento cardinal, sugerentemente obtenido por los violines primeros y segundos tocando apretadas notas en semicorcheas, buscando una sonoridad especial a modo de murmullo en matiz piano sobre un fondo “*pizzicato*” de segundos violines, violas y cellos, para luego yuxtaponerse con la mágica e insinuante entrada del sonido aterciopelado y nostálgico de los instrumentos de lengüeta de caña: oboes y clarinetes. A continuación se contrapone el segundo tema de la obra, una hermosa melodía en Sol mayor a cargo de las cuerdas graves, acompañadas de notas a contrapunto de clarinetes y violas, denotando una transición al inicio de la obra a si menor que refleja un dramatismo sin igual. Una obra invadida, de principio a fin, de una sugerente atmósfera de misterio y belleza, sin duda alguna. Más tarde, cornos, trompetas y trombones se acompañan del timbal para irrumpir en medio de la tensa calma.

Yo seguía con atención las explicaciones, pero tenía un presentimiento que no me lo podía quitar de la cabeza, una premonición: la corta duración de la obra (poco más de veintidós minutos), me hacía sospechar que aquel concierto iba a ser todavía más corto que la propia composición musical; me daba la

espina, no sé muy bien por qué, que algo extraño iba a suceder y que nuestras vidas, a partir de un momento musical, de una nota o de un movimiento indeterminado, tomarían un derrotero de imprevisibles consecuencias.

Al inicio del segundo movimiento, *andante con moto*, en Mi mayor, compás de 3/8, se escuchó un gran estruendo en el Palacio de la Ópera, localizado en nuestros asientos y, sorprendentemente cinco, tres de la fila séptima y dos de la novena, se hundieron literalmente desprendiéndose del suelo, cayendo al vacío sobre unas colchonetas en los bajos del noble edificio, donde los camerinos. También hay que decir que junto con nosotros también cayeron otras tres personas más que no venían al caso, ajenas al conflicto, pero esto, como en cualquier otra circunstancia excepcional en la vida, y esta lo era sin duda ninguna, son daños colaterales imprevisibles e inevitables, y hasta se puede decir, en cierto modo, que normales.

Aquella trampilla realizada sobre el mismo suelo y que medía dos metros de ancho por cinco de largo había sido una obra compleja, mezcla de

ingeniería, arquitectura, matemática, física y química, perfectamente calculada, excepto por los daños colaterales posteriores e inevitables antes mencionados, practicada por los miembros de la Resistencia más cualificados. La habían preparado a conciencia semanas atrás, aprovechando las obras de remodelación del edificio. Con perfecta y calculada comunión; una extraordinaria simbiosis, mitad pericia y mitad camuflaje; en definitiva, una obra maestra de la guerra de guerrillas que pasaría a ser considerada en la historia de las fugas como la más célebre, por original e inaudita, como muy bien la había definido Daniel Aguado.

La confusión en el interior del Palacio de la Ópera no se hizo esperar, tanto sobre la superficie, en el patio de butacas, como en el subsuelo, abajo, en las entrañas de los bajos fondos de aquel noble edificio. Ciertamente descendimos en picado, en caída libre y dimos con nuestros huesos sobre sendas colchonetas mullidas y amontonadas que habían preparado convenientemente para la ocasión con el objeto de amortiguar en la medida de lo posible nuestro vertiginoso descenso. Saltamos sobre aquellas colchonetas un poco desorientados, lo confieso, pero, sorprendentemente no sufrimos

ningún daño. Nos ayudaron a levantarnos dos miembros de la Resistencia, un hombre y una mujer que nada más caer nos cogieron en volandas y salimos precipitadamente por una de las puertas del camerino que daba a un pasillo y desde ahí al exterior, a una de las calles laterales del emblemático edificio. Allí, a pie de calle, nos esperaba el mismo coche de color negro que nos condujo al concierto.

Gracias a la confusión reinante pudimos alejarnos a una velocidad constante y prudente para no levantar ninguna sospecha, recorriendo las calles poco transitadas de vehículos y personas a esa hora de la noche. Desde el interior del coche pudimos ver y también escuchar las sirenas de las ambulancias, del cuerpo de bomberos, bocinazos de los coches de la gendarmería y del convoy de camiones de soldados alemanes que se dirigían, a toda prisa y en sentido contrario, al Palacio de la Ópera.

Cambiamos tres veces de vehículo para no ser reconocidos y, ya bien entrada la noche, conseguimos atravesar el último control. Nos encontrábamos fuera del territorio de la Francia

ocupada y entramos en la Francia colaboracionista de Vichy, la mal denominada Francia libre.

Salimos, pues, de Paris, atravesando, durante los dos días siguientes, media Francia siguiendo el curso del río *Seine*, procurando transitar por carreteras secundarias con menor tráfico, cuando no por caminos sin asfaltar y polvorientos, eludiendo tanto los controles como los núcleos de población que veíamos pasar a lo lejos hasta perderlos de vista. Dejamos atrás algunas de las ciudades más importantes como *Dijon*, *Lyon*, *Avignon*, y pusimos rumbo finalmente a la ciudad de *Marsella* donde deberíamos contactar con miembros de la Resistencia que esperaban nuestra llegada y nos darían las instrucciones oportunas.

En esta ciudad permanecemos cinco días escondidos. Conseguimos contactar finalmente con la organización humanitaria norteamericana, la "*Unitarian Service Comitte*" que, en colaboración con el consulado Mexicano, nos facilitaron la huida, junto con algunas personas más, en un pequeño carguero, el "*Saint Germain*", que hacía semanalmente la ruta comercial para proveer de víveres a los protectorados y colonias francesas.

Después, en Rabat supimos, de fuentes bien informadas, que las fuerzas armadas unificadas de Alemania con su gran capacidad destructiva, la *Wehrmacht*, ocuparon en noviembre gran parte de la ciudad, cebándose especialmente en el casco antiguo, dinamitando los escasos focos de la Resistencia que todavía quedaban.

Primero atracamos en el puerto de Argel para dejar parte de la carga y repostar combustible y por fin, en el tercer día de la travesía, desembarcamos en el puerto de *Rabat*, en Marruecos, nuestro nuevo destino.

En esta misteriosa y enigmática ciudad, bajo el control administrativo y capital del protectorado francés en Marruecos desde 1912, permanecemos algo más de un mes. Daniel Aguado conocía un poco aquella región, no en vano España ocupaba la zona norte de Marruecos con algunas colonias, como la del Sahara, Ifni, Ceuta y Melilla, mientras Francia extendía sus dominios coloniales desde Fez y Rabat hacia el sur, llegando a Mogador, quedándose con la zona más fértil y de más recursos del país. Algunos detractores en la Metrópoli mantenían que la ocupación del *Marruecos útil* se efectuó con la intención de beneficiar exclusivamente a los colonos

franceses, tratando a los marroquíes como ciudadanos de segunda clase.

Fue en 1912 cuando el mariscal *Louis Hubert* planificó la remodelación de la ciudad deseando, según sus propias palabras, que fuese lo más parecida a la de Washington.

Aunque lejos, muy lejos de Francia, los apéndices de las tropas nazis de Hitler llegaban también hasta aquel apartado lugar. Después de lo sucedido en el Palacio de la Ópera en París con nuestra espectacular y sonada huida, el gobierno francés había puesto precio a nuestras cabezas, mejor dicho, a la cabeza de Daniel Aguado, miembro de la Resistencia más significado, y nosotros, por extensión, también.

Daniel conocía al dueño de un bar, el *Blue Cat*, en el barrio de *Fath*, muy cerca del centro histórico de la ciudad. Este amigo suyo –no recuerdo muy bien el nombre en este momento– facilitó a Marcel y a Daniel un trabajo como camareros, mientras yo me encargaba de realizar algunos trabajos de traducción, del francés al inglés, para los servicios secretos americanos quienes nos protegieron hasta donde les fue posible hacerlo.

Me acuerdo bien de aquella exótica y hermosa ciudad, *Rabat*; su cielo azul luminoso, el clima cálido suavizado por la brisa del océano atlántico; su olor a alimentos frescos y el profundo aroma a especias; la fragancia a flor de azahar y a jazmín; una hermosa ciudad de casas encaladas, con patios floridos, jardines exquisitos; sus calles empedradas y antiguas, pero sobretodo, el carácter desenfadado de sus gentes mezclado con los modos europeos y refinados de la Metrópoli, protagonizado por el inconfundible “*savoir faire*” de nuestros compatriotas.

Me acuerdo de los cálidos amaneceres al lado de Marcel, contemplando desde la ventana de nuestra habitación el cielo azul puro y limpio con una tonalidad suave entre el rosa y el violeta junto a las montañas. Cuando llegaba el atardecer, se escuchaba en la lejanía la voz del muecín convocando a la oración desde el alminar, como un eco lastimero flotando sobre la ciudad. Compartiendo el aire cálido, ligeramente suavizado por el mar, y contemplando, al mismo tiempo, la insinuante luna creciente, escondida durante el día, Marcel y yo nos besábamos apasionadamente, en silencio, bajo el manto estrellado del firmamento.

El calor de la vida, que aflora temprano por la mañana daba paso, poco a poco, en los barrios, al ritmo frenético de los mercaderes camino de sus puestos en el zoco entre callejuelas estrechas y empedradas.

Desde lo alto de la ciudad se contemplaba una hermosa vista de la bahía; la desembocadura del río *Bou Regreg* con sus pequeñas barcas moviéndose al ritmo sinuoso de las suaves olas; la playa de Rabat y la serie de bastiones fortificados de estilo portugués levantados durante el siglo XVIII por la dinastía alauí, destacando por su singularidad la pequeña mezquita de *Abd al Mumin* con su peculiar e inconfundible alminar.

Situados en la terraza del *Kasbah* contemplábamos la ciudadela de los *Ondayas* y, elevando un poco la vista, Marcel y yo, observábamos cada tarde, en el crepúsculo vespertino, cómo el sol rojizo envolvente se deformaba y decrecía en el horizonte hasta esconderse lentamente en la ría, fundiéndose con el mar azul, dándole una tonalidad anaranjada, con colores ocre encendidos que reflectaban su postrera fátula en las encaladas casas de la vecina ciudad de *Salé*.

Cuando las cosas empezaron a ponerse verdaderamente feas, los servicios secretos americanos nos habían preparado la huida de la ciudad en un barco que transportaba carga de maderas tropicales, principalmente para la construcción e industria del mueble, un carguero de bandera canadiense que hacía escala en Rabat y que provenía del sur de África, el *St. Jhones*. Por motivos de seguridad, los servicios secretos americanos convinieron que primero embarcaríamos Marcel y yo, y más tarde Daniel Aguado, quien nos seguiría unas semanas más tarde en otro barco rumbo a la ciudad de New York donde finalmente nos reencontraríamos.

Pero las cosas, cuando deseas que no se tuerzan, acaban por torcerse, y de qué manera. Fue en el tercer día de la travesía, en mitad del océano atlántico; nuestro barco fue sacudido por un fuerte temporal, el mar estaba embravecido y una gran ola extrema y peraltada barrió violentamente la cubierta y, consecuentemente, a algunos miembros de la tripulación también. La carga estibada convenientemente se escoró súbitamente hacia estribor y sólo nos dio el tiempo justo para arriar por

sotavento los botes salvavidas. Cuando nos disponíamos a embarcar en las pequeñas embarcaciones auxiliares, descendiendo por las escaleras del costado de babor, una ola traicionera arrojó el cuerpo de Marcel al mar y lo arrastró a las profundidades del océano.

No supe más de él; allí quedó, en el lecho marino, guardando sus recuerdos y los míos para siempre.

Permanecemos a la deriva casi dos días. El temporal poco a poco fue amainando y escuchamos, a lo lejos, la sirena intermitente de una embarcación que nos lanzaba, al mismo tiempo, destellos con un potente foco de luz. Nos habíamos desviado de nuestro rumbo inicial unas cuantas millas debido al fuerte temporal.

[*Sophie Dubois en sus recuerdos: lo que verdaderamente sucedió*]

CAPÍTULO ④

Me desperté cuando los rayos del sol empezaban a iluminar tímidamente la habitación de mi dormitorio. Junto a mí, permaneció Marcel las largas noches de convalecencia, arrebujándome, cogiéndome de la mano y mojando con delicadeza, a cada momento, mi pequeña frente pálida con un paño humedecido de agua tibia. Yo, mientras tanto, permanecía inmóvil en la cama, pero era consciente de lo que me pasaba y, por supuesto, me enteraba de todo lo que ocurría alrededor. Me acuerdo que Marcel me recitaba una y otra vez aquel poema de *Verlaine* que tanto me gustaba:

“Soñé contigo esta noche/te desfallecías de mil maneras/y murmurabas tantas cosas...”

Fue mi mejor medicina; eso y las sopas calentitas de pasta con estrellitas que me preparaba

con tanto cariño mi madre. También se interesó por mí madame Pura que venía a verme de vez en cuando, a pesar de su dificultad para caminar; al igual que nuestro vecino, el gendarme *monsieur Dupont* quien me daba ánimos y sus mejores deseos de pronta mejoría; sin él, yo no estaría viva disfrutando, aunque inmóvil y convaleciente, de los cálidos momentos del hogar familiar, ni tampoco Marcel.

Fue mi vecino, el gendarme, quien nos sacó del centro de detención. Sucedió cuando caí gravemente enferma y me sacaron de la celda a toda prisa con destino al hospital. Dupont se encontraba ocasionalmente en el cuerpo de guardia donde había dejado a unos detenidos de poca monta que habían cogido en una de las rutinarias redadas de reconocimiento por las calles del distrito siete. Me vio pasar postrada en aquella camilla; me reconoció al instante y se interesó por mí. Los compañeros del cuerpo de guardia le explicaron lo de la redada en la Place la Concorde y se sorprendió por los hechos. Aunque con la vista borrosa, yo le reconocí por su voz y sólo me dio tiempo, antes de desfallecer por completo, a decirle, con la voz muy debilitada: "Marcel, en la otra celda, haga algo, se lo ruego".

A veces las cosas no son lo que parecen a simple vista y las personas tampoco, afortunadamente. Cuando la mayoría de los ciudadanos recelaban, y con razón, del cuerpo de la gendarmería, por su actitud muchas veces colaboracionista con las tropas alemanas de ocupación (no le quedaba otra que la obediencia debida), algunas personas pertenecientes a aquel cuerpo mostraban su lado más humano. No sé si con acierto o no pero se dice que, en determinadas circunstancias, el cuerpo y la persona no van siempre unidas, habiendo una sutil y evidente diferencia a favor, casi siempre, de la persona, como no podía ser de otra manera. Nunca le pregunté, y tampoco él me lo dijo, por qué mostró tanta compasión por mí hasta el punto de llegar a salvarme la vida.

Al cabo de unos meses fue trasladado de distrito y, junto con su mujer, emprendieron la mudanza, no sin antes despedirse de mí dándome un beso en la frente y diciéndome cariñosamente, no a modo de reproche: “No te metas en más líos”, ¿me lo prometes?

No tuve nunca más noticias de él.

La Guerra en Europa continuaba y aunque se podía intuir un tímido avance de las fuerzas aliadas, lo cierto era que el ejército de Hitler se mostraba todavía fuerte en sus posiciones.

CAPÍTULO ⑤

(París, invierno de 1942)

Fue en el duro y largo invierno de 1942, en el mes de noviembre, a principios, cuando Marcel cogió una severa gripe. Tuvo que dejar las clases particulares y permaneció en cama durante una semana y media. Sus padres estaban francamente preocupados. Llamaron al médico, quien al realizarle

una auscultación en profundidad dictaminó que aquello no podía ser un simple catarro, debido a la duración y persistencia del cuadro clínico, aunque tuviese un resfriado de los gordos; tenía toda la pinta se ser un principio de pulmonía. Marcel arrastraba desde hacía unas semanas una tos seca, a veces con episodios angustiosos de expectoración y secreción de sangre. Los padres convinieron, junto con el dictamen médico, que sería aconsejable su traslado a un hospital en las afueras de París para procurarle mejores cuidados.

Lo mismo que hizo conmigo, cuando permanecí convaleciente, yo, después de mis quehaceres domésticos en casa de madame Pura y las clases particulares con el joven y despistado Junot, acudía todas las tardes a verlo. Él me lo agradecía tranquilizándome para, luego, susurrarme al oído:

–Tenemos que pensar en irnos a vivir juntos algún día de estos; porque esto de que yo vaya a tu casa y tú a la mía para cuidarnos mutuamente no tiene mucho sentido; así, de esta forma, si viviéramos juntos no tendríamos que desplazarnos; sería como tener el hospital en nuestra propia casa.

Aquello me sonó a planes de boda. Él asintió diciéndome: ¿Por qué no?

Lo que no consiguió la guerra, lo hizo una penosa y cruel enfermedad: EPOC, fue el diagnóstico final, una enfermedad pulmonar obstructiva crónica; una disminución paulatina de la capacidad respiratoria y que ocasiona un deterioro en la calidad de vida de la persona afectada que puede llegar a producirle la muerte prematura. Esta enfermedad que, en principio, no debería revestir mayor complicación tomando, eso sí, su medicación y adoptando los cuidados necesarios, se precipitó en un corto período de tiempo, apenas un mes. Los pulmones de Marcel estaban bastante afectados. Ya había sufrido una seria bronquitis mal curada el pasado invierno que le mantuvo tirado en cama varias semanas. Además, la humedad y el frío de la casa donde vivía, sin apenas calefacción, sólo un pequeño brasero encendido parcialmente por las tardes debido a la escasez del carbón, y, también, a su obstinada negativa a dejar de fumar –a veces, hasta tres cajetillas diarias– no contribuía a mejorar su dolencia. Más tarde me enteré, por su médico, que también el padre y su abuelo tuvieron la misma

enfermedad y, al parecer, se debía a una deficiencia hereditaria de una proteína (no me acuerdo muy bien cuál en estos momentos) que, como en el caso de Marcel, puede darse en pacientes relativamente jóvenes, antes de los cuarenta.

A principios de diciembre, Marcel murió. Antes de cerrar los ojos le besé en sus labios; el proceso febril los había dejado yertos y agrietados.

Permanecí junto a él, sentada a los pies de su cama, con los ojos llenos de lágrimas, mientras su madre, a mi lado, me cogía las manos y sollozaba compungidamente.

Fuera, en la calle, comenzaba a nevar.

Se escuchaban los últimos ecos de la vida; las voces que, poco a poco, se iban apagando hasta enmudecer.

En la ciudad se respiraba un tenso y doloroso silencio.

Caí en el vacío más profundo. Nada ni nadie podía consolarme. Mis padres me daban todo el consuelo y cariño que podían, pero era insuficiente. No llegué a enfermar, pero recuerdo que, camino del metro como acostumbraba a hacer los lunes,

miércoles y viernes para ir a casa de madame Pura, caminaba vacía, guitoneando por la ciudad, sin rumbo, entre semblantes conocidos y extraños, sin ganas de hacer nada, sumida en una profunda tristeza. Al atardecer, cansada, me sentaba en un banco de cualquier plaza, sin querer irme a casa, con la mirada perdida.

Aquellos días supe lo que era el verdadero significado de morir de tristeza y por amor.

Las siguientes semanas se sucedieron lentamente. Pasaron las navidades, las peores que yo recuerdo, y el tiempo, que dicen que todo lo cura, produjo en mí un sentimiento de enorme desasosiego. Nunca más volví a sentir un amor tan profundo como el que tuve por Marcel.

Además de mis padres, madame Pura representó para mí en aquellos momentos dolorosos un apoyo que traspasaba la frontera de la mera compasión y amistad; fue, y lo sigue siendo desde el recuerdo, una segunda madre y a la vez protectora. Debido a su buena relación con la embajada española, aunque jubilada, mantenía todavía contactos con algunas personas de cierta influencia en los ambientes sociales y culturales de París. Me

habló muy bien de un periodista que frecuentaba la embajada, el señor *Matieux*, jefe de redacción del periódico local "*La Liberté*" que, aunque su propio nombre pudiera inducir a que sería clausurado por las fuerzas de ocupación, no lo fue en absoluto; eso sí, ciertas informaciones sensibles eran oportunamente censuradas y, consecuentemente, la línea editorial del periódico sufrió importantes cambios en su contenido, como obligaban las circunstancias. Le habló muy bien de mí. Madame Pura me facilitó una carta de recomendación firmada de su puño y letra, y el 14 de marzo de 1943 empecé a trabajar en la redacción de *La Liberté* sirviendo de apoyo a los redactores y haciendo traducciones, del inglés al francés, de artículos y columnas de corresponsales de otros periódicos extranjeros, principalmente norteamericanos.

La guerra concluyó como todas las guerras, con vencedores y vencidos, damnificados y esperanzas rotas, ilusiones perdidas y demasiado, demasiado odio y desconfianza que permanecerían en el corazón de las personas durante mucho tiempo, como en un perpetuo y oscuro invierno.

Una vez dentro de la redacción me interesé por el paradero de Daniel Aguado. Mis fuentes y contactos me habían informado que había conseguido huir del centro de detención cuando lo trasladaban a la estación de ferrocarril donde iba a ser deportado, junto con otros camaradas, a un campo de concentración en las proximidades de Polonia. También me enteré que nuestro amigo, como miembro activo de la Resistencia, fue uno de los primeros que entró en París, junto con las tropas aliadas y la 2ª División blindada de *Leclerc*, formada, entre otros, por antiguos miembros del Ejército Popular Republicano español.

París fue liberada en agosto de 1944 y se restauró definitivamente en Francia la República, con el general *Charles de Gaulle* al frente.

Más tarde, Daniel Aguado embarcó en el puerto de Marsella rumbo a Rabat, capital del Protectorado francés en Marruecos, donde permaneció durante algún tiempo protegido por los servicios secretos americanos. Una vez finalizada definitivamente la segunda guerra mundial se marchó a vivir a Nueva York donde supe de su muerte a mediados de los años noventa del pasado

siglo por un pequeño paquete certificado con membrete oficial del Consulado español en aquella ciudad de los Estados Unidos de Norteamérica; dentro, una copia autenticada del testamento ológrafo de Daniel Aguado junto con el certificado oficial de defunción. Me había nombrado, nada más y nada menos, que heredera universal de todos sus bienes: un reloj de pulsera mecánico de fabricación soviética marca *Kirovskie* con tapa a rosca, ennegrecido por el paso del tiempo, bañado en plata de pobre calidad y peor valor crematístico; en la tapa una inscripción con iniciales: D.A. París 1942. Así era de desprendido nuestro amigo Daniel Aguado. Antes conseguí su dirección y le escribí una carta. Me respondió con otra, una breve carta de agradecimiento donde se interesó especialmente por mí, lamentando mucho la muerte de Marcel a quien apreciaba verdaderamente. En esta carta mostraba, con palabras medidas y con una mezcla extraña de resentimiento y perdón, sus sentimientos ante la sociedad que permitió aquella guerra fratricida en España, y recordaba también los días difíciles y complicados en París como miembro activo de la Resistencia.

Una vez finalizada la guerra, el director del periódico me ofreció la oportunidad de formar parte de la redacción de una nueva corresponsalía en Canadá, en la ciudad de Quèbec concretamente, "*La Liberté de Quèbec*". No lo dudé ni un instante; los recientes sucesos vividos eran demasiado dolorosos para permanecer por más tiempo en una ciudad, París, que a cada paso que daba, cada calle que cruzaba, cada plaza donde me sentaba, me traía inevitables recuerdos y me producía gran desasosiego.

Desde febrero de 1950, mi hogar quedó ligado para siempre a esta gélida, pero al mismo tiempo hermosa y acogedora ciudad en la cual deseo pasar el poco tiempo que me reste de vida.

La breve sinfonía de Schubert, “la inacabada”, ha dejado de sonar; se escucha el chasquido de la aguja del tocadiscos rayando con ondulada cadencia repetitiva los surcos finales de la superficie del disco *long play* de vinilo.

Poco antes de concluir la melodía, el poemario de *Paul Verlaine* que sostenía Sophie Dubois en las manos se fue deslizándose poco a poco entre sus dedos hasta caer definitivamente sobre el regazo de su bata de casa, como la hoja amarilla y mustia de un viejo sauce que cae lentamente sobre el lecho de un pequeño arroyo.

Continuaba nevando en Quèbec.

EPÍLOGO

Ciertamente el otoño es una estación y una etapa en la vida que empaña el alma y aviva los recuerdos dolorosos; en la que una siente la inevitable nostalgia del pasado; de lo que pudo ser y no fue; de las circunstancias que nos conducen por uno u otro camino, en función de una elección, sea esta acertada o equivocada, o de un acontecimiento incierto y fortuito y que nos va llevando por la vida como la hoja mustia de un árbol que desprendida de su pedúnculo vaga por el aire sin rumbo empujada por el viento.

A menudo, tengo esta sensación que me ahoga y aflige.

Como expresa el compositor vienés Franz Schubert en uno de sus *“lieder”* más conmovedores, *“Letzte Hoffnung”* (*última esperanza*), composición para voz y piano en *Mi bemol mayor*, sobre un poema de Wilhelm Müller: *“El caminante, como si de un juego se tratase, apuesta sus ilusiones a la resistencia de una hoja de un árbol que tiembla con el viento y finalmente cae, así como el caminante cae al suelo, llorando por sus esperanzas perdidas”*.

Pero al igual que sucede con los árboles caducifolios que permanecen inertes y mudan su piel durante la estación otoñal, volverán nuevamente a la vida en primavera cicatrizando, poco a poco, las heridas infligidas durante el duro e interminable invierno.

FIN